



Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de la República
Maestría en Ciencia Política



El “consenso de los perdedores” y la legitimidad de la democracia en América del Sur

Autora: Lic. Daniela Vairo



Tribunal examinador

Dra. Rosario Queirolo (tutora)

Dr. Daniel Buquet

Mag. Daniel Chasquetti

Montevideo, 8 de febrero de 2010

AGRADECIMIENTOS

Agradezco en primer lugar al Proyecto LAPOP por permitirme utilizar las bases de datos necesarias para la realización de este trabajo y a la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) a través de la cual accedí a una beca de finalización de Maestría.

A mi tutora Rosario Queirolo, quien inicialmente me ayudó a definir el tema de la monografía, gestionó el acceso a las bases de datos y principalmente me apoyó y estimuló a seguir adelante en los momentos de mayores inquietudes y estancamiento, realizando comentarios y críticas que resultaron fundamentales para la elaboración de la tesis. A Carmen Midaglia que como coordinadora de la Maestría en Ciencia Política me impulsó a comenzar y avanzar en esta tesis.

A Daniel Buquet y Daniel Chasquetti, que siempre me animaron a finalizar la Maestría, respondiendo a los diversos tipos de inquietudes que fueron surgiendo. A Daniel Chasquetti le agradezco especialmente por brindarme gran parte de los datos institucionales por país que aparecen aquí. A Lucía Selios, quien me dio a conocer el “mundo” de la cultura política y me brindó una importante cantidad de literatura, así como a Antonio Cardarello que respondió a mis inquietudes sobre sistema electoral y proporcionalidad.

A Máximo Rossi, quien me introdujo en el manejo del programa STATA y particularmente a Juan Pablo Pagano, mi gran amigo, por su apoyo fundamental en la estimación de los modelos y su interpretación.

A mi familia que siempre me animó y estuvo presente en todo el proceso. A mis amigas, especialmente a Verónica Pérez y Lucía Tiscornia, que sin su apoyo y compañía en etapas de estancamiento ciertamente no habría podido culminar con éxito el trabajo.

RESUMEN

En este trabajo se procura estudiar los determinantes de la legitimidad democrática en América del Sur, bajo la asunción de que la legitimidad es fundamental para la supervivencia de la democracia. Dentro de los diversos factores que explican la legitimidad del régimen democrático, Anderson et al. (2005) estudiaron el fenómeno del consenso de los perdedores (*losers' consent*). Básicamente, luego de cada elección surgen ciudadanos ganadores y perdedores: quienes votan a un candidato ganador frente a quienes votan a un candidato perdedor, no votan, o votan en blanco o anulado. Aquellos ciudadanos que quedan ubicados del lado de los perdedores podrían tener incentivos para percibir la realidad política, y actuar frente a ella, en forma diferente que los que resultaron ganadores. Los perdedores tendrían menos incentivos que los ganadores para apoyar un régimen en el que las principales instituciones están dirigidas por actores que no son de su preferencia. El enfoque de los ganadores/perdedores es complementado con visiones institucionalistas y de cultura política como posibles co-determinantes de la variación en la legitimidad. ¿Qué factores explican la variación en los niveles de legitimidad democrática entre los ciudadanos de América del Sur? ¿Hay diferencias en los niveles de apoyo al régimen democrático y su funcionamiento entre ciudadanos que votaron en la última elección presidencial a un candidato ganador y quienes no lo hicieron? ¿Qué efectos tiene ser perdedor sobre la legitimidad democrática? ¿Qué efectos tienen las variables político-institucionales sobre la legitimidad democrática? ¿Y las actitudes políticas? A partir de estas preguntas se formularon 9 hipótesis, y utilizando datos de LAPOP 2008, fueron contrastadas a través de dos modelos (probit y probit ordenado) correspondientes a dos variables dependientes que representan dos dimensiones de la legitimidad democrática. La principal hipótesis se confirma para la región, quienes quedan en el lugar de “perdedores” luego de las elecciones legitiman en menor medida la democracia que los ganadores. Se confirman algunas de las hipótesis con variables independientes político-institucionales y actitudinales.

ABSTRACT

This thesis seeks to study the determinants of democratic legitimacy in South America, under the assumption that legitimacy is crucial for the survival of democracy. Among the various factors that explain the legitimacy of the democratic system, Anderson et al. (2005) studied the phenomenon of the 'losers' consent'. Basically, after each election winners and losers emerge: those who vote for a winning candidate, *vis-a-vis* those who vote for a losing candidate, those who do not vote, or cast blank votes or null ballot papers. Those citizens placed on the losers' side may have incentives to perceive the political reality and react to it differently from the winners. The losers would have less incentive than the winners to support a regime in which major institutions are directed by actors who are not of their preference. The winners / losers approach is complemented with institutional and political culture perspectives as potential co-determinants of the variation in legitimacy. What factors explain the variation in levels of democratic legitimacy among the citizens of South America? Are there any differences in the levels of support for democracy and its functioning among citizens who voted for a winning candidate in the last presidential election and those who did not? What is the effect of being a loser on democratic legitimacy? Is there an effect of political and institutional variables on democratic legitimacy? What about political attitudes? Hypotheses were formulated based on these questions, which were then contrasted, using data from LAPOP 2008, using two models (probit and ordered probit) for two dependent variables that represent two dimensions of democratic legitimacy. The main hypothesis is confirmed for the region, those who are on the "losers'" side after the election legitimize democracy to a lesser extent than the winners. Some of the hypotheses with independent political-institutional and attitudinal variables are also confirmed.

ÍNDICE GENERAL

AGRADECIMIENTOS	2
RESUMEN	3
1. INTRODUCCIÓN	5
2. LA LEGITIMIDAD DEMOCRÁTICA EN LA REGIÓN	9
2.1 La democracia en América del Sur	9
2.2 Implicancias de la desafección en las democracias contemporáneas.....	14
2.3 El concepto de legitimidad: visiones clásicas.....	15
2.4 Conceptualizaciones recientes	19
2.5 Legitimidad: dimensiones seleccionadas.....	21
2.6 Determinantes de la legitimidad	24
2.6.1 El “consenso de los perdedores”	24
2.6.2 Determinantes político-institucionales: el contexto macro (país).....	31
2.6.3 Determinantes individuales (micro): actitudes políticas y factores sociodemográficos.....	38
3. GANAR O PERDER Y LA LEGITIMIDAD DE LA DEMOCRACIA	43
3.1 Perdedores/ganadores y la legitimidad democrática: hipótesis y análisis descriptivo	43
3.1.1 Brecha para el acuerdo con la “ <i>definición churchilliana de democracia</i> ”	44
3.1.2 Brecha para la “satisfacción con el funcionamiento de la democracia”	47
3.2 Formulación de hipótesis.....	49
3.3 Análisis estadístico: estimación de modelos.....	53
3.3.1 Variables incluidas en los modelos	53
3.3.2 Modelo 1: determinantes del “grado de acuerdo con la definición churchilliana de democracia”	55
3.3.3 Modelo 2: determinantes de la “satisfacción con el funcionamiento de la democracia”	63
3.4 Síntesis de hallazgos.....	69
4. CONCLUSIONES	71
4.1. Síntesis del trabajo y futuras líneas de investigación.....	71
4.2. Implicancias de los hallazgos	75
4.2.1. Segmentos de perdedores.....	75
4.2.2. Fortalezas del enfoque combinado micro-macro	76
BIBLIOGRAFÍA	79
ANEXO METODOLÓGICO	83

1. INTRODUCCIÓN

La tercera ola de democratización (Huntington, 1995) parece haber llegado a su fin en el Cono Sur de América Latina y en gran parte del resto del continente¹. Luego de las transiciones de la década del '80, y con varias crisis políticas mediante², la democracia electoral se ha instalado en la región. Sin embargo, aparecen nuevos desafíos: la consolidación y la búsqueda de una mayor “calidad” del régimen.

La fragilidad de las democracias latinoamericanas recae en un problema de legitimidad. Una gran proporción de ciudadanos está insatisfecha con el funcionamiento general de la democracia, con el desempeño de sus instituciones y sus principales actores, partidos y dirigentes. Los datos de la encuesta de LAPOP de 2008 muestran, a modo de ejemplo, que tan sólo 43% de los latinoamericanos legitiman las instituciones políticas clásicas de la democracia representativa (partidos, parlamento, gobierno y justicia)³. El estudio de los determinantes de la legitimidad de la democracia es central para comprender estos procesos de consolidación democrática.

Las teorías clásicas de cultura política señalan que si la estructura del gobierno está en conflicto con ella, el régimen pierde legitimidad⁴. Esto puede producir problemas importantes para la estabilidad del gobierno que desafiarían el proceso de consolidación de las nuevas democracias. Si los ciudadanos se desilusionan poco a poco con la performance de los gobiernos, después de varios períodos, se podría erosionar su creencia en la democracia en sí misma (Norris, 1999:2). Por lo tanto, cuando el apoyo al régimen es sostenidamente bajo, cabe preocuparse por la supervivencia de las democracias. Bajos niveles de apoyo al régimen pueden significar amenazas a los sistemas democráticos porque tanto el funcionamiento como el mantenimiento de la política democrática están fuertemente vinculados con qué y cómo los ciudadanos perciben la *governance* democrática (Anderson y Tverdova, 2001:322).

Si entonces se asume que la legitimidad de la democracia es fundamental para su supervivencia, es importante conocer sus determinantes para impulsar de este modo las

¹ Más allá de episodios aislados como el reciente golpe de Estado en Honduras.

² Ver por ejemplo Chasqueti (2008) y Pérez Línán (2009).

³ La legitimidad política de las instituciones es medida a través de un índice que combina las respuestas a las preguntas de confianza en el Parlamento, en el sistema de justicia, partidos políticos y Gobierno Nacional (Boidi y Queirolo, 2009).

⁴ Ver por ejemplo: Lipset, (1959) y (2000), Muller y Seligson, (1994).

reformas políticas, electorales e institucionales en general, que coadyuvarían a que los ciudadanos que se sienten de algún modo insatisfechos se sientan incluidos en el sistema y, consecuentemente, lo legitimen.

Dentro de las diversas formas que explican la legitimidad del régimen democrático Anderson et al. (2005) estudian el fenómeno del consenso de los perdedores (*losers' consent*). En un contexto poliárquico (Dahl, 1989), en el que las elecciones son el principal medio de participación de la ciudadanía en la arena política, los autores argumentan que es esperable que los resultados de los comicios, particularmente a nivel nacional, tengan consecuencias en las actitudes y comportamientos de los votantes. Luego de cada elección, y habiendo mediado el sistema electoral que transforma votos en cargos, surgen ganadores y perdedores. Pero esto no sólo ocurre a nivel de dirigentes políticos, sino que también entre los ciudadanos. Aquellos votantes que luego de las elecciones quedan ubicados del lado de los perdedores podrían tener incentivos para percibir la realidad política, y actuar frente a ella, en forma diferente que los que resultaron ganadores (Anderson et al, 2005). En particular, los perdedores tendrían menos incentivos que los ganadores para apoyar un régimen en el que las principales instituciones están dirigidas por actores que no son de su preferencia. Por tanto, la hipótesis principal de los autores es que “*quedar por fuera*” del gobierno importa, tiene efectos en actitudes y comportamientos políticos y afecta la durabilidad y calidad del régimen. Más específicamente, se afirma que *el futuro de la democracia está en manos de los perdedores*, y esto torna central su estudio. En el caso latinoamericano votar a un candidato presidencial que luego resulte perdedor, o aún más, votar en blanco o anulado o no votar, tendría efectos sobre la legitimidad democrática y, por ende, sobre la democracia misma.

Muchos de los estudios que han intentado explicar las variaciones en la legitimidad de los regímenes se han centrado en el estudio de los países industrializados⁵, en su mayoría con democracias estables, mientras que los estudios enfocados en América Latina, si bien han comenzado a desarrollarse⁶, en muchas ocasiones no han dado cuenta de la singularidad de la región⁷.

⁵ Ver por ejemplo: Diamond (1992), Dalton (1999) y (2004), Norris (1999), Pharr et al (2000) y Anderson et al (2005).

⁶ Ver por ejemplo: Carlin y Singer (2009) y Booth y Seligson (2009).

⁷ Mainwaring y Pérez Liñán (2009) refieren a la importancia de los estudios regionales en política comparada dada la necesidad de “...evitar generalizaciones simplistas sobre las regiones del mundo como entidades homogéneas” (2009:523).

La principal característica político-institucional distintiva de la región es el patrón cíclico de inestabilidad democrática⁸ y su vinculación con el régimen de gobierno presidencialista. Las naciones latinoamericanas merecen un foco de atención diferencial que implique el testeo de las hipótesis que han sido contrastadas en países y regiones con otras características. Es posible pensar que estas singularidades regionales intervienen en la relación entre *winner/losers* y legitimidad democrática⁹.

Las preguntas principales que guían este trabajo son: ¿cuál es el efecto de ser ganador o perdedor en el apoyo al régimen por parte de los ciudadanos? ¿Qué otros factores operan en el mayor o menor apoyo a la democracia? La hipótesis principal, que se desarrolla en los siguientes capítulos es que, tal como señalan Anderson et al (2005), *los votantes de un candidato a presidente que luego resultó perdedor tienen percepciones más negativas sobre la democracia y su performance que los que votaron al candidato ganador*. Asimismo, se intenta comprobar que tanto el contexto institucional como la cultura política del país, así como algunas variables sociodemográficas también podrían influir en la variación de la legitimidad.

Para ello, se analiza la brecha entre las percepciones de ganadores y perdedores de diez países de América del Sur¹⁰, usando como base de datos el Barómetro de las Américas 2008¹¹. El análisis se realiza a nivel de los individuos, tomando la base en su conjunto. Se combinan variables medidas a nivel micro (individuos) y macro (datos por país asociados a cada individuo).

La tesis se organiza de la siguiente manera. El próximo capítulo (cap. 2), comienza con una descripción de las características políticas singulares de las democracias sudamericanas. Luego se coloca el foco en el concepto de legitimidad (variable a explicar), sus formas de medición así como los distintos enfoques que han intentado explicarla. Se desarrolla el enfoque explicativo principal de este trabajo, el del efecto de votar a un candidato presidencial ganador o no en las elecciones. Más adelante, se da cuenta de los enfoques que se considera que intermedian en la relación entre ganadores y perdedores:

⁸ Ver por ejemplo: Chasquetti (2008) y Pérez Llián (2007).

⁹ Entre otras, además de las singularidades político institucionales, la región se caracteriza por altos niveles de pobreza y desigualdad.

¹⁰ Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. El análisis estadístico se realiza en conjunto para el total de los casos.

¹¹ Este estudio comenzó como un estudio de los valores democráticos en Costa Rica, luego se fue ampliando a otros países a medida que retornaban a la democracia. En el año 2004 se realiza la primera ronda con 11 países, hasta llegar a la de 2008 en la que se realiza en 22 países. Los datos, publicaciones, etc. están disponibles en www.americasbarometer.org

político-institucionales y actitudinales. El tercer capítulo está abocado al análisis de los datos y contrastación de hipótesis: en primer lugar el análisis de la existencia o no de una brecha entre las percepciones de ganadores y perdedores en las diversas dimensiones de la legitimidad. En segundo término, se presentan y contrastan las hipótesis a través de la estimación dos modelos (probit y probit ordenado), con el objetivo de verificar los efectos de las variables independientes sobre las dimensiones de legitimidad democrática seleccionadas. Finalmente, en el cuarto capítulo se presentan las conclusiones principales del trabajo y futuras líneas de investigación al respecto.

2. LA LEGITIMIDAD DEMOCRÁTICA EN LA REGIÓN

2.1 La democracia en América del Sur

El ideal democrático en su máxima expresión no existe empíricamente, sino que nos enfrentamos a la existencia de regímenes poliárquicos (Dahl, 1989). Dentro de las poliarquías se observan desempeños disímiles, con mayor o menor grado de respeto a las libertades civiles, de garantía a los derechos políticos, y más aún, de los derechos sociales. Se advierten regímenes en los que las elecciones son procesos más o menos limpios, más o menos competitivos, y en donde la representación de minorías y la *accountability* varía. Asimismo, la evolución de los regímenes también ha adoptado distintas formas: desde aquellos que se mantienen como regímenes democráticos o como regímenes autoritarios en forma más o menos estable, hasta aquellos que transitan de uno a otro, como los latinoamericanos, en donde a lo largo de la historia se observa un vaivén entre democracia y autoritarismo.

Bajo el supuesto de que la democracia es el mejor juego posible para que los ciudadanos promuevan sus intereses (Diamond, 2000) se ha argumentado que es necesario mejorarla. Para construir mejores democracias se deberían realizar reformas políticas, económicas, sociales que la profundicen y extiendan (Morlino, 2008). Asimismo, se sostiene que habría que fomentar un mayor compromiso cívico, de normas de confianza y cooperación entre ciudadanos, que alienten la participación, así como la creación y consolidación de instituciones sólidas y el fortalecimiento de los partidos políticos (Diamond, 2000). Todo esto traería consigo una mayor legitimidad del régimen: un mayor apoyo ciudadano a la democracia, sus instituciones y actores principales.

En la literatura politológica centrada en el estudio de América Latina, la cuestión de la democracia y su fragilidad es un tema recurrente de análisis. Se han desarrollado protestas más o menos violentas, caída de presidentes, todas ellas situaciones que tuvieron lugar en varios países en las tres últimas décadas post-dictaduras. Como señalan Hagopian y Mainwaring, la capacidad de los gobiernos posdictadura de sobrevivir ante desafíos como la pobre performance económica y social confundió y confunde las expectativas de muchos observadores, así como la variada literatura sobre la democracia (2005:I).

Power y Cyr (2008) afirman que la política en la región presenta una naturaleza cíclica, pendular: alternancia entre fórmulas democráticas y fórmulas autoritarias que muestran un déficit en la legitimidad política. En los años '60 y '70 del siglo XX se instauraron regímenes autoritarios en la mayoría de los países latinoamericanos, mientras que la vuelta a la democracia también fue relativamente simultánea en la década del '80. Power y Cyr (2008) advierten que la hipótesis cíclica implica que ni los modelos autoritarios ni los democráticos fueron capaces de generar consenso ni generar un orden político estable y duradero. Allí aparece el concepto de democracias frágiles.

Tras la segunda transición vivida por las democracias latinoamericanas (década del 80 y 90), transición a la democracia y a la vez transición económica con las reformas de segunda generación, los regímenes se enfrentaron al desafío de consolidarse. Como señala Pérez Liñán: *“La confluencia de democracia y mercados libres era señal de una ruptura con el pasado, el amanecer de una nueva era de libertades civiles prosperidad y estabilidad política”* (2009:11). Sin embargo, la realidad posterior deja una sensación de *“nostalgia e ironía”* (2009:11). Como señala el autor, se combatió la inflación aunque sin crecimiento económico importante y más aún persisten altos niveles de pobreza y desigualdad. Los militares ya no están en el poder, pero en muchas oportunidades los gobiernos legítimamente electos fracasan (2009:11). Varios presidentes de países sudamericanos fueron removidos de sus cargos, ya sea vía juicio político o renuncia¹². Por lo tanto, lo que sugiere Pérez Liñán es que existe un nuevo patrón de inestabilidad en la región (2009:11).

El argumento central de Pérez Liñán es que ante la comprensión de que los militares no eran ya una solución, el juicio político a los presidentes se convirtió en la herramienta para hacer caer gobiernos impopulares, sin que con ello se dé un quiebre del régimen. Se sufre una crisis de gobierno, pero no cae el régimen como sí venía ocurriendo en décadas anteriores. En palabras del autor: *“...las democracias latinoamericanas demostraron ser resistentes e inestables al mismo tiempo”* (Pérez Liñán, 2009: 12).

Como señala Chasquetti: *“mientras los expertos llamaban la atención respecto a las deficiencias del sistema presidencial para garantizar la estabilidad democrática, algunos sistemas políticos del continente encontraron caminos institucionales novedosos*

¹² Fernando Collor de Mello (Brasil) en 1992, Carlos Andrés Pérez (Venezuela) en 1993, Abdalá Bucaram (Ecuador) en 1997, Raúl Cubas Grau (Paraguay) en 1999, Alberto Fujimori (Perú) en el año 2000, Lucio Gutiérrez (Ecuador) en 2005, Fernando de la Rúa (Argentina) en 2001, Gonzalo Sánchez de Lozada (Bolivia) en 2003 y Carlos Mesa (Bolivia) en 2005 (Pérez Liñán, 2009 y Chasquetti, 2008).

que permitieron consolidar las democracias, tramitar exigentes reformas estructurales, y anular los efectos perversos del régimen de gobierno presidencial” (Chasquetti, 2008:5).

González (2008) también analiza la inestabilidad de las democracias latinoamericanas. Se focaliza en dos períodos de crisis agudas: 1992-1999 y 2000-2007. En el primero, advierte que se trata de “*crisis tradicionales*” vinculadas a asuntos internos de las elites, y en el segundo de “*crisis no tradicionales*” donde juega un rol fundamental la participación popular (González, 2008:1). Considera que las crisis estuvieron causadas por procesos de mediano y largo plazo: “...*la acumulación de expectativas insatisfechas durante aproximadamente una generación y la relativa precariedad de esas democracias minimalistas*” (González, 2008:1).

¿Qué sucede en los regímenes presidenciales que son acusados de ser responsables de las crisis? Se ha presentado un debate importante en la literatura sobre las capacidades de los regímenes presidenciales para brindar estabilidad y garantizar la supervivencia democrática, con origen principalmente en el trabajo de Juan Linz (1990). Linz manifiesta la superioridad del sistema parlamentario frente al presidencial en cuanto a la posibilidad de mantener el régimen, de producir regímenes estables. Aduce que en los presidencialismos existe una doble legitimidad (Ejecutivo- Legislativo) ya que el presidente y los legisladores son electos por la ciudadanía (lo cual puede generar un bloqueo mutuo), la existencia de mandatos rígidos que entre otras cuestiones genera problemas de continuidad y discontinuidad de los políticos (presenta problemas para cambiar elencos ineficientes o para reelegir buenos presidentes), así como genera un sistema de “*ganador único*” (lo cual puede traer omnipotencia por parte del presidente). El bloqueo según el autor es saldado en forma más sencilla y “*natural*” en los sistemas parlamentarios a través del voto de censura o de la disolución del parlamento (Linz, 1990).

Sin embargo, en la década del 90 surgen trabajos que encuentran que bajo ciertas condiciones los regímenes presidenciales perduran. Shugart y Carey (1992) señalan que las principales críticas de Linz pueden ser rebatidas: “...*la rigidez de los mandatos es considerada un atributo de previsibilidad (todos saben cuándo empieza y cuándo termina un período de gobierno); la doble legitimidad de los poderes de gobierno es enfocada como un mecanismo de control democrático (checks and balances); y la elección popular del presidente como una regla de juego que brinda transparencia a la competencia y favorece al mismo tiempo la rendición de cuentas ante la ciudadanía*” (citado en Chasquetti, 2008:20).

Scott Mainwaring (1993) sostuvo que las dificultades de los regímenes presidenciales son mayores cuando el sistema de partidos está fragmentado y cuenta con niveles altos de polarización ideológica. Bajo estas condiciones de fragmentación, el partido del presidente usualmente es minoritario en el Parlamento, lo que lleva a que sea más difícil llevar a cabo su programa de gobierno. Se refuerza la idea de que *“la democracia presidencial multipartidaria conduce inevitablemente a conflictos entre los poderes, bloqueos gubernativos y, finalmente, desbordes autoritarios”* (Chasqueti, 2008:13).

En los últimos años se han desarrollado trabajos que han tratado de marcar las virtudes del presidencialismo, o al menos han encontrado combinaciones político-institucionales que, sin salir de este tipo de régimen, posibilitarían su mantenimiento. Chasqueti constata que en América Latina hay una importante fragmentación partidaria promedio y ésta ha ido en aumento, lo cual no parecía muy auspicioso para los académicos que señalaban que el multipartidismo era un peligro para la democracia. Como señala el autor:

“Con ese panorama, la democracia latinoamericana debería verse extremadamente amenazada y sufrir una involución notoria. Sin embargo, el análisis de los procesos políticos de doce países del continente me mostró que esa previsión sólo se cumplió en unos pocos casos...Algunos líderes modificaron las históricas pautas de comportamiento presidencial, basadas en la asunción de un aparente mandato ciudadano, y se orientaron al desarrollo de una política negociada, construyendo acuerdos y pactos de gobernabilidad con algunos de los partidos perdedores...conocidos hoy como coaliciones de gobierno...” (Chasqueti, 2008:6).

Por otra parte, señala que han cambiado las formas de competencia entre partidos ya que en algunos sistemas el nivel de polarización ideológica disminuye fuertemente, con formatos más centrípetos. Entonces: *“...ciertas democracias latinoamericanas terminaron por desarrollar una forma de política más moderada y negociada, donde los posicionamientos maximalistas y radicales perdieron peso, y prevalecieron los actores partidarios situados en el centro del espectro político”* (Chasqueti, 2008:6). Por tanto, concluye que tanto la constatación de la formación de coaliciones como esta nueva modalidad de competencia más moderada, han favorecido la estabilidad de los regímenes así como su legitimidad (Chasqueti, 2008:6). La hipótesis que contrasta Chasqueti es que

“...las consecuencias más nocivas de la ‘difícil combinación’ de presidencialismo y multipartidismo pueden ser neutralizadas mediante la formación de coaliciones de gobierno mayoritarias. Visto de otro modo, los presidencialismos multipartidistas sin coaliciones de gobierno son, en definitiva, la verdadera ‘difícil combinación’ para la estabilidad democrática” (Chasquetti, 2008:16). Pérez Liñán al respecto señala que *“los resultados indican que los presidentes que forman amplias coaliciones legislativas tienen...menos probabilidades de enfrentar cargos de juicio político...”* (Pérez Liñán, 2009:275).

Los debates presentados anteriormente dan cuenta de la realidad compleja de los regímenes presidenciales latinoamericanos y su estabilidad. Existen variaciones en las configuraciones institucionales de cada país así como en las instituciones informales, contextos históricos, cultura política, y estructura social que hacen que estos fenómenos se desarrollen de forma diferencial. De esta manera, según Pérez Liñán *“las normas constitucionales interactúan con la configuración partidaria del Congreso, la capacidad del Presidente de formar coaliciones y el contexto político (la naturaleza de los escándalos y el momento en el calendario electoral) en la creación del escudo legislativo para proteger al presidente”* (Pérez Liñán, 2009:34). En este marco, uno de los problemas de la democracia delegativa que planteaba O’Donnell (1992), el de la falta de responsabilidad horizontal, se ve cuestionado por un parlamento que controla al Ejecutivo a través del uso del juicio político¹³, mejorando el sistema de frenos y contrapesos característico del sistema presidencial. Entonces, en este contexto post dictadura, los juicios políticos parecen ser un equivalente a lo que antes eran los golpes militares para la resolución de conflictos entre presidente y congreso (Pérez Liñán, 2009).

Luego de presentar esta breve descripción del contexto político-institucional de la región, en el próximo apartado se aborda el concepto de legitimidad y sus causas (distintos enfoques analíticos), así como sus alternativas de medición.

¹³ Los juicios políticos *“describen un tipo especial de juicio al presidente mediante el cual se faculta al Congreso (a veces con acuerdo necesario del Poder Judicial) a remover al presidente de su cargo”* (Pérez Liñán, 2009:26).

2.2 Implicancias de la desafección en las democracias contemporáneas

Se han desarrollado múltiples trabajos sobre la legitimidad de la democracia y sus determinantes, así como se ha conceptualizado de distintos modos el concepto mismo de legitimidad política. Más allá de estos debates, la legitimidad se centra básicamente en el apoyo de los ciudadanos al régimen, sus instituciones y actores principales, bajo el supuesto de que las percepciones sobre el régimen afectan sus propias bases de sustento. Pero, ¿qué explica las variaciones en el nivel de apoyo de los ciudadanos a la democracia? Las respuestas han sido variadas. Se han dado a conocer explicaciones macro basadas en los efectos de las instituciones¹⁴, de la economía y el nivel de desarrollo¹⁵, y también aquellas de nivel micro que se fundan en factores de nivel individual como las de cultura política (actitudes políticas) y algunas características sociodemográficas¹⁶. En este contexto, el enfoque centrado en el estudio de los perdedores aparece como una línea interesante a seguir, ya que estos ciudadanos son quienes tienen el poder de legitimar o intentar hacer caer el régimen, y sus opiniones son más valiosas que lo que usualmente se las ha considerado.

En las democracias la opinión de los ciudadanos es relevante. Los politólogos han estudiado por años las encuestas de opinión pública para determinar qué actitudes y comportamientos pueden ser críticos para la emergencia y mantenimiento de una democracia estable (Booth y Seligson, 2009: XV). En este marco, la legitimidad parece afectar la estabilidad de la democracia. Varios trabajos demostraron empíricamente un declive en la legitimidad política y un aumento de la desafección entre los ciudadanos de las democracias industriales avanzadas¹⁷. A pesar de la salud y estabilidad de estas democracias, las encuestas muestran que la confianza en los actores e instituciones democráticas ha declinado desde los años `60. Sin embargo, las supuestas consecuencias del declive en la legitimidad predichas por estos trabajos, no ocurrieron (Booth y Seligson, 2009:1). No cayeron ni las democracias avanzadas ni, en este caso, las latinoamericanas. Una respuesta es lo que Easton y Lipset llaman “*reserva de apoyo*”. Sugieren que una

¹⁴ Ver por ejemplo Norris, (1999), Anderson et al. (2005) y Booth y Seligson (2009).

¹⁵ Ver por ejemplo Dahl (1989) y Diamond (2002).

¹⁶ Ver por ejemplo Norris, (1999), Anderson et al. (2005), Booth y Seligson, (2009).

¹⁷ Ver por ejemplo: Norris (1999), Dalton (1999), Klingemann (1999), Pharr et al. (2000).

reserva de legitimidad acumulada por muchos años puede colaborar para que no se erosione el régimen (Booth y Seligson, 2009:3).

La insatisfacción con las instituciones políticas observada en el mundo occidental ha sido vista como el resultado de que los ciudadanos perciben inhabilidad de la clase política y del régimen para recibir insumos y demandas al sistema, y al mismo tiempo que esto derive en políticas, en resultados. Y parte de este problema radica en la falta de instituciones que fomenten la participación de los ciudadanos, la rendición de cuentas y la capacidad de respuesta del sistema político. Estas carencias aparecen como problemas estructurales de la democracia (Anderson et al. 2005).

Como señala Norris (1999) este fenómeno se ve reflejado en indicadores de opinión pública. El parlamento y los partidos, dos de los principales actores de la democracia representativa, son pésimamente evaluados en democracias establecidas y en nuevas democracias, así como se observan altos niveles de insatisfacción con el funcionamiento del régimen democrático. Es interesante destacar que Norris presenta una interpretación alternativa a estos fenómenos: quizás estas tensiones entre los ideales y la realidad sean saludables para la democracia ya que indicarían la emergencia de ciudadanos más críticos o demócratas insatisfechos, que adhieren fuertemente a los valores democráticos pero consideran que las estructuras existentes del gobierno no son las deseadas (Norris, 1999:3). Esto puede llevar a reformas institucionales importantes y a un incremento de la participación de los ciudadanos dentro de las reglas del régimen democrático (por ejemplo los mecanismos de democracia directa). Bajo esta perspectiva, el desafío es reformar las instituciones existentes y fomentar el involucramiento de los ciudadanos en el gobierno, con la evolución de nuevos canales para vincular ciudadanos y Estado (Norris, 1999:3).

2.3 El concepto de legitimidad: visiones clásicas

Se han desarrollado numerosos trabajos que analizan el concepto de legitimidad y sus vínculos con el régimen democrático, su performance y calidad. En los trabajos clásicos, que se tratan a continuación, los pioneros abordan la cuestión de la legitimidad como concepto unidimensional o eventualmente incluyendo unas pocas dimensiones. Asimismo, en general están asociados a contextos históricos particulares. Todos ellos

tienen en común el colocar a la cultura política en un sitio de privilegio para explicar otros fenómenos como el establecimiento y consolidación de las democracias. Las diferencias radican en las dimensiones explicativas en las que ponen énfasis cada uno de ellos.

Fue a través del “Hombre Político” de Seymour Martin Lipset que emerge el concepto de legitimidad del Estado. Lipset (1959) describe el largo proceso histórico en el que las naciones atraviesan una serie de crisis y así construyen la confianza de sus ciudadanos. Lipset presenta al desarrollo económico y a la legitimidad como los requisitos principales de la democracia. La legitimidad es presentada como el grado en que se valoran las instituciones y se consideran apropiadas y justas (Lipset, 2000:116). En palabras del autor:

“La legitimidad implica la capacidad de un sistema político para generar y mantener la convicción de que las instituciones políticas existentes son las más convenientes o apropiadas para la sociedad. El nivel de legitimidad de los sistemas políticos democráticos contemporáneos depende, en gran medida, de los medios con que se hayan resuelto los temas clave que han dividido históricamente a esa sociedad...el grado de legitimidad de un sistema democrático puede influir en la capacidad de éste para superar las crisis de eficacia, como las depresiones económicas o las guerras perdidas, y segundo, indicar por qué medios las distintas soluciones dadas a las divisiones históricas básicas (que determinan la legitimidad de los distintos sistemas) fortalecen o debilitan también la democracia a través de su influencia sobre la competencia de partidos políticos contemporánea” (Lipset, 2000:130).

Para el autor la legitimidad es afectiva y valorativa, ya que los ciudadanos apoyarán o no al régimen según si los valores del sistema político coinciden o no con sus valores personales.

El referente principal para la conceptualización de la legitimidad democrática es David Easton (1953), y es en quien se basan la mayoría de los autores contemporáneos en sus investigaciones. El autor señala que la legitimidad de las democracias está afectada por la confianza de los ciudadanos en que el gobierno está haciendo las cosas bien la mayor parte del tiempo.

Easton define dos tipos de apoyo: el difuso y el específico. El *apoyo difuso* es tomado como una predisposición de largo plazo constituida por las actitudes favorables que permiten a los ciudadanos aceptar o tolerar políticas o decisiones (*outputs*) que se

oponen a sus intereses. El *apoyo específico* deriva de la evaluación de los ciudadanos sobre los *outputs* del sistema: está basado en la performance y en el corto plazo. Entonces, según Easton, el sistema político subsiste por reservas de apoyo difuso que ayudan a superar períodos de baja performance de corto plazo. Sin embargo, la falta de apoyo específico, en el largo plazo, puede llevar a una falta de apoyo al sistema mismo (Easton, 1953).

Por su parte, Gabriel Almond y Sydney Verba (1963, 2000) son los pioneros en la definición del concepto de cultura política, y de un tipo especial: la cultura cívica. La cultura política es definida como “...*orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como actitudes relacionadas con la función de uno mismo dentro de dicho sistema*” (Almond y Verba, 2000: 179). Así es que: “...*consiste a la particular distribución entre sus miembros de las pautas de orientación hacia los objetos políticos*” (Almond y Verba, 2000: 180). Establecen tres tipos de orientaciones que pueden tener los individuos hacia los objetos políticos: la orientación cognitiva, la orientación afectiva o valorativa y la orientación evaluativa. La primera, concierne a los “...*conocimientos y creencias acerca del sistema político, de sus papeles...*” (Almond y Verba, 2000:180). La orientación afectiva o valorativa implica “...*sentimientos hacia el sistema político, sus funciones, personal y logros*” (Almond y Verba, 2000:180). Por último, la dimensión evaluativa implica “...*los juicios y opiniones sobre objetos políticos que involucran típicamente la combinación de criterios de valor con la información y los sentimientos*” (Almond y Verba, 2000:180). En la mayoría de los trabajos que se centran en la legitimidad, se utilizan las dimensiones de orientación afectiva/valorativa (apoyo al régimen democrático y a sus componentes principales) y la evaluativa (principalmente evaluación de performance del régimen, sus instituciones y actores).

Los autores consideran que un régimen político democrático requiere una cultura política adaptada a éste (Almond y Verba, 2000). La cultura cívica de participación es aquella más vinculada a altos niveles de legitimidad democrática. Es definida como las normas y actitudes del ciudadano corriente, sus relaciones con el gobierno y con los demás conciudadanos (Almond y Verba, 2000).

En “La Poliarquía” de Robert Dahl (1989) se encuentran también referencias a la legitimidad del régimen como requisito para la democracia. Señala que un tipo especial de cultura política influye en cómo se conforman las instituciones políticas. Por esto es que adherir a las instituciones de la poliarquía implica legitimar el debate público y la

participación, sus dos componentes principales. Asimismo menciona la confianza en los actores e instituciones como factor fundamental para la existencia de este tipo de regímenes (Dahl, 1989 y Rossel, 2002).

Por su parte Robert Putnam (1993) realiza un estudio donde explica la performance de las instituciones democráticas en distintas regiones de Italia basándose en dos factores: la modernización socioeconómica y la comunidad cívica. El segundo concepto es el que concierne a la legitimidad. Según el autor, implica compromiso cívico (la participación activa en asuntos públicos), la igualdad política (las normas de reciprocidad, horizontalidad), la solidaridad, confianza interpersonal y tolerancia, y estructuras sociales de cooperación (Putnam, 1993; y Rossel, 2002).

El enfoque de Ronald Inglehart (y más actualmente los que desarrolla con su colaborador Christian Welzel) es otro de los clásicos en los estudios de cultura política. A través de su Estudio Mundial de Valores el autor ha desarrollado numerosos trabajos empíricos que procuran confirmar empíricamente sus enfoques teóricos. Las primeras variables que presentó como claves para entender la “cultura cívica” (1988, 1991) son la confianza interpersonal, la satisfacción con la vida y el apoyo al cambio revolucionario. En su último libro (2006) concluye que: *“la democracia no es un simple resultado de ingeniería constitucional y de negociación de una elite avezada. Depende de las orientaciones profundamente arraigadas de las personas”* (2006:2). Entiende:

“...el cambio sociopolítico contemporáneo como un proceso de desarrollo humano que está produciendo cada vez más sociedades que dan más importancia a la libertad humana y la autoexpresión. Un robusto cuerpo de datos trasnacionales demuestra que a) la modernización socioeconómica b) el giro cultural hacia un mayor énfasis en los valores de la autoexpresión c) la democratización son componentes de un proceso singular y fundamental: el desarrollo humano” (2006:2).

Estos enfoques clásicos son retomados por los autores que estudian en la actualidad los determinantes de la legitimidad democrática. A continuación se desarrollan algunas de las conceptualizaciones más recientes de legitimidad.

2.4 Conceptualizaciones recientes

En general se asume que la legitimidad debe ser medida a través de las percepciones de los ciudadanos, en general mediante encuestas de opinión pública.

Quienes toman como base la conceptualización de Easton, incorporan los indicadores de apoyo específico como aquellos que miden percepciones sobre *performance* del régimen, actores e instituciones, y el apoyo difuso como el apoyo al sistema en su conjunto.

Tomando la clasificación de Easton, en el libro *Critical Citizens* (1999) editado por Pippa Norris, varios autores analizan el apoyo político a la democracia (*political support*). Amplían el enfoque sobre legitimidad construyendo varias dimensiones definidas como: las actitudes de los ciudadanos frente a la comunidad política, los principios del régimen, su desempeño, sus instituciones y los actores políticos. El apoyo a la comunidad política aparece en el extremo de lo que Easton llama apoyo difuso, y el apoyo a los actores políticos se encuentra en el otro extremo como dimensión de apoyo específico.

Esta visión multidimensional distingue los distintos niveles u objetos de apoyo político a través de la construcción de cinco dimensiones que pueden ser vistas como un continuo en niveles sucesivos desde el apoyo más difuso al Estado-nación hasta el apoyo más concreto a los actores políticos particulares (Norris, 1999:10).

El primer nivel concierne al apoyo difuso a la comunidad política, que es entendida como el apoyo básico a la nación bajo las presentes instituciones de gobierno y un deseo general de cooperación conjunta (Norris, 1999:10). La comunidad política es entendida como la entidad cultural que trasciende particularidades de las estructuras formales de gobierno y muestra la identidad elemental de la colectividad. Es así que un ciudadano puede estar conforme con su status de ciudadano de un determinado Estado, pero sin embargo no apoyar el régimen, sus instituciones y actores (Klingemann, 1999:33).

El segundo nivel refiere al apoyo al conjunto de principios del régimen que representan los valores del sistema político (Norris, 1999:11), que se suponen esenciales para la estabilidad en el largo plazo de la democracia. Es lo que Rose llama las “*definiciones idealistas de democracia*” derivadas de la teoría liberal clásica (1997, citado en Norris, 1999:11). Por ejemplo: valores como la libertad, participación, tolerancia y moderación, respeto a los derechos legales-institucionales y el imperio de la ley (*rule of*

law), así como la creencia que la democracia es la mejor forma de gobierno o la preferencia de un gobierno democrático ante uno autoritario. Aquí se incluiría el apoyo a las dos dimensiones básicas de la poliarquía de Dahl.

El tercer nivel se vincula a la performance del régimen, lo cual implica apoyo a cuán autoritario o democrático es el sistema político en funcionamiento y satisfacción con el funcionamiento de la democracia. Es un apoyo de nivel medio.

El cuarto nivel es el apoyo a las instituciones del régimen, lo que Rose llama la “*definición realista de la democracia*” (1997 citado en Norris, 1999:11). Son las actitudes sobre el gobierno, Parlamento, partidos, el Ejecutivo, etc.

El quinto y último nivel es el apoyo a actores específicos o autoridades del gobierno. De esta manera, Norris señala que es consistente y racional para los ciudadanos, por ejemplo, creer en los valores democráticos pero permanecer críticos sobre el funcionamiento real de la democracia, o del gobierno actual, o tener confianza en las instituciones pero evaluar negativamente a los políticos. (Norris, 1999:13).

Por su parte, Booth y Seligson (2009) hacen una revisión teórica del concepto de legitimidad, a lo que llaman la *primera pieza del puzzle de la legitimidad democrática: su estructura*. Realizan la misma crítica a Easton que formula Norris, ya que creen que para captar mejor el concepto de legitimidad debe tomárselo como multidimensional. Consideran que el apoyo difuso incluye tanto el apoyo a la comunidad como el apoyo al régimen mismo, y que el apoyo específico está orientado a la performance de las autoridades (Booth y Seligson, 2009).

Booth y Seligson optan por la siguiente categorización:

1. Existencia de comunidad política (la más básica y difusa de las seis dimensiones)
2. Apoyo al conjunto de principios del régimen (apoyo básico a las normas claves de la democracia)
3. Apoyo a las instituciones del régimen (la conceptualización clásica de la legitimidad está focalizada en las instituciones del Estado)
4. Evaluación de la performance del régimen (performance económica)
5. Apoyo al gobierno local (poco usado en otros estudios)
6. Apoyo a los actores políticos o autoridades (evaluación de la eficacia de los gobernantes)

Por su parte, en un reciente trabajo, Power y Cyr (2008) discuten el concepto de legitimidad y las diversas modalidades de medición, también tomando como base la conceptualización de Easton. Finalmente optan medir la legitimidad a través de tres dimensiones: visión de la legalidad, visión de la justificación y acciones de consenso. Encuentran que hay variaciones importantes en los niveles de legitimidad entre países e intentan explicarlas.

Carlin y Singer (2009) encuentran cuatro perfiles de apoyo a los valores de la poliarquía: oposición pública, participación inclusiva, limitaciones a la autoridad ejecutiva y respeto a los “checks and balances” institucionales.

En su informe sobre la democracia en Uruguay, Boidi y Queirolo (2009), en consonancia con el resto de los informes para los países de América Latina de LAPOP, presentan cuatro dimensiones de legitimidad del régimen: creencia en la democracia como el mejor sistema posible, creencia en los valores esenciales de los que la democracia depende, creencia en la legitimidad de las instituciones claves de la democracia y creencia de que se puede confiar en otros (2009:26). Estas dimensiones surgen de los debates antes mencionados, sobre las diversas formas de conceptualizar legitimidad.

2.5 Legitimidad: dimensiones seleccionadas

Luego de haber recorrido las diferentes conceptualizaciones de legitimidad de la democracia, aquí se definen las dimensiones seleccionadas para el análisis. Si el objetivo es explicar las variaciones en la legitimidad de la democracia en América del Sur: ¿cómo medir la legitimidad?

La legitimidad de la democracia, como se ha detallado, ha sido conceptualizada en varias dimensiones. Para este trabajo se acotó a dos dimensiones, consideradas como básicas para cualquier análisis de legitimidad:

1. *Creencia en la democracia como el mejor sistema posible (Boidi y Queirolo, 2009).*
2. *Satisfacción con el funcionamiento del régimen democrático en el país.*

La primera corresponde al apoyo al propio régimen y la segunda a la evaluación de la performance del régimen en el país. Con esta categorización en dos dimensiones se pretende dar cuenta tanto de la orientación afectiva/valorativa de Almond y Verba y del apoyo difuso de Easton (a través de la primera dimensión), como de la orientación evaluativa y el apoyo específico (a través de la segunda dimensión). La primera, suele comportarse de modo bastante estable a lo largo del tiempo y no tiende a variar por fenómenos coyunturales. La segunda, por el contrario, es bastante variable ya que refiere a una evaluación específica¹⁸.

Con respecto a la primera dimensión, *la creencia en la democracia como el mejor sistema posible* concierne a “...la creencia en el concepto churchilliano de democracia, a saber, que la democracia a pesar de todos sus problemas es mejor que cualquier otro sistema” (Boidi y Queirolo, 2009:26). Tiene origen en un conocido discurso de Winston Churchill en el que dice que ha habido muchas formas de gobierno, que la democracia no es perfecta: “es la peor forma de gobierno, excepto por todas las demás formas que han sido probadas” (citado en Mishler y Rose: 2001:81). La pregunta procura medir el apoyo al régimen democrático como tal, sin referencias a instituciones o actores en particular, y es fundamental para abarcar una de las dimensiones principales del concepto de legitimidad. A continuación (cuadro 1) se presenta la distribución de esta variable por país para el año 2008¹⁹.

Cuadro 1: Creencia en la democracia como mejor sistema posible (media por país)

País	Media
Argentina	6.2
Uruguay	6.1
Venezuela	6.0
Colombia	5.4
Bolivia	5.3
Brasil	5.2
Chile	5.2
Ecuador	5.0
Perú	4.9
Paraguay	4.8
Total	5.4

Fuente: Elaboración propia en base a datos de LAPOP 2008

¹⁸ No son tomadas en cuenta otras dimensiones específicas, como el apoyo a instituciones y actores, ya que exceden los objetivos y extensión posible de este trabajo. Se seleccionó un indicador por dimensión.

¹⁹ La pregunta es: “Puede que la democracia tenga problemas, pero es mejor que cualquier otra forma de gobierno. ¿Hasta qué punto está de acuerdo o en desacuerdo con esta frase?” Los encuestados responden en una escala del 1 al 7, donde 1 es “muy en desacuerdo” y 7 “muy de acuerdo”.

Como se desprende del cuadro, hay diferencias importantes en cuanto a la creencia en la democracia como mejor sistema posible. Sin embargo, todos se ubican por encima de la evaluación intermedia en la escala (valor 4) y el promedio regional es moderadamente alto (5.4). Mientras que Argentina, Uruguay y Venezuela, en promedio, se destacan por apoyar fuertemente el sistema democrático, el resto de los países tienen posiciones intermedias (cerca de 5 en la escala).

La segunda dimensión de legitimidad tomada para este trabajo pretende dar cuenta de la parte más específica y evaluativa del concepto de legitimidad. Para ello fue seleccionada la variable *satisfacción con el funcionamiento de la democracia del país*. Es una pregunta clásica en los trabajos sobre legitimidad basados en encuestas y da cuenta de las percepciones actuales de los ciudadanos sobre la performance del sistema. Un bajo apoyo en esta dimensión no debería representar un peligro para la democracia si existe una reserva de legitimidad proveniente de la dimensión anterior, pero como ya fue señalado, si esta evaluación negativa persiste a lo largo del tiempo podría erosionar la dimensión más difusa de la legitimidad, la valorativa, que la sostiene. A continuación (cuadro 2) se presenta la distribución de esta variable por país para el año 2008²⁰.

Cuadro 2: Satisfacción con el funcionamiento de la democracia (%)

	Satisfecho/muy satisfecho	Insatisfecho/muy insatisfecho	Diferencia	Total
Uruguay	77	23	54	100
Venezuela	66	34	32	100
Brasil	61	39	22	100
Colombia	57	43	14	100
Ecuador	57	43	14	100
Argentina	54	46	8	100
Bolivia	50	50	0	100
Chile	50	50	0	100
Perú	35	65	-30	100
Paraguay	20	80	-60	100
Total	53	47	6	100

Fuente: Elaboración propia en base a datos de LAPOP 2008

²⁰ La pregunta es: "En general, ¿usted diría que está muy satisfecho, satisfecho, insatisfecho o muy insatisfecho con la forma en que la democracia funciona en (país)?"

Los ciudadanos de América del Sur son en su mayoría demócratas, sin embargo, tan solo la mitad (53%) está satisfecho o muy satisfecho con el funcionamiento del régimen, mientras que el resto muestra algún nivel de insatisfacción (insatisfechos o muy insatisfechos). Esto parece lógico ya que como se señalaba antes, este tipo de indicador de evaluación específica suele estar influido por la coyuntura y no implica necesariamente una desvalorización de la democracia como régimen.

Uruguay aparece despegado del resto de los países con casi 8 de cada 10 encuestados (77%) que muestran una evaluación positiva. En Venezuela, Brasil, Colombia y Ecuador la satisfacción es bastante alta (en el entorno del 60%), mientras que en Argentina, Bolivia y Chile las opiniones están más divididas (en Bolivia y Chile el saldo entre satisfechos e insatisfechos es 0). Por último se ubican Perú y Paraguay con bajos niveles de satisfacción (35% y 20% respectivamente), y un alto saldo negativo entre opiniones positivas y negativas (-30% y -60% respectivamente).

Habiendo presentado las dimensiones de legitimidad escogidas para este trabajo (futuras variables dependientes), así como su distribución en la muestra, a continuación se desarrollan los enfoques que explican la legitimidad democrática, que luego serán abordados en términos de variables independientes de los modelos estadísticos.

2.6 Determinantes de la legitimidad

2.6.1 El “consenso de los perdedores”

Se ha intentado explicar el comportamiento electoral, particularmente el voto, y no se ha prestado mucha atención a los efectos que los resultados electorales tienen sobre los ciudadanos y su apoyo al régimen. De cualquier modo, se pueden rastrear algunos trabajos que efectivamente estudian el efecto de estar del lado de los ganadores o de los perdedores en la visión de los ciudadanos sobre las instituciones, el cambio institucional, los actores políticos y la legitimidad de la democracia²¹.

Esta tesis está inspirada en la explicación que se presenta en el libro de Anderson et al. (2005): “*Losers’ consent*”. Los autores argumentan que la explicación principal de las

²¹ Ver por ejemplo Anderson y Guillory (1997), Anderson y Tverdova (2001), Anderson et al. (2005), Karp y Banducci (2003), Bowler y Donovan (2007).

variaciones en la legitimidad se basa fundamentalmente en los efectos de ser ganador o perdedor en las elecciones. La posición de ganador o de perdedor es medida a nivel individual aunque es resultado de un proceso, el electoral, que se desarrolla a nivel de cada país. Como el resultado de las elecciones vincula la política a nivel macro con experiencias micro, hay un factor institucional fundamental e identificable que estructura la forma en que los ciudadanos de un sistema particular responden al mismo (Anderson et al., 2005:22).

Vale desarrollar la justificación que realizan los autores sobre la pertinencia del estudio de los perdedores. Como señala Riker (1983)²²: “*the dynamics of politics is in the hand of losers. It is they who decide when and how and whether to fight on*”. Sin embargo, se ha prestado más atención a los ganadores que a los perdedores. Se ha intentado explicar como acceden los partidos al gobierno, quiénes son sus votantes, cuáles son sus programas y discursos, pero los perdedores han caído en el olvido de la mayoría de los investigadores (Anderson et al, 2005:28).

Pero esto es sólo una parte del fenómeno. Anderson et al. (2005) argumentan que entender a los ganadores no es más relevante que entender a los perdedores dado que las actitudes y comportamientos de los perdedores son parte fundamental para el mantenimiento y legitimidad del régimen democrático. Sin los perdedores no se puede “*jugar el juego*”. Por lo tanto, la desafección por parte de los ciudadanos en general, pero especialmente entre los perdedores, representa un importante desafío a la viabilidad del régimen ya que ellos serán los principales actores de veto (Anderson et al, 2005).

Centrarse en ganar y perder en elecciones democráticas es relevante porque la democracia está basada en la idea de que el proceso político debe ser periódico y dar respuesta a lo que los ciudadanos desean, y las elecciones son el principal vehículo para la influencia popular en el gobierno, ya que determinan “*who gets the rule*”. Las elecciones dan la oportunidad a todos de participar pero sus resultados no generan efectos iguales en todos (Anderson et al. 2005:3).

El argumento principal de los autores es que el hecho de estar del lado de los ganadores o de los perdedores y, por tanto, ser parte de la mayoría o de la minoría, lleva a la gente a adoptar “*lentes*” a través de los cuales ven la vida política (Anderson et al., 2005). Es lógico pensar que los ganadores se sientan satisfechos porque su opción triunfó y, por tanto, sus preferencias tenderán a ser contempladas. La pregunta que se formulan los

²² Citado en Anderson et al (2005).

autores es qué sucede con los perdedores. Las posibles actitudes y comportamientos que adopten dependerá, entre otros factores, de la posibilidad que perciban de poder ganar en subsiguientes elecciones (Anderson et al, 2005).

Entonces, la continuidad del régimen democrático depende en parte del “*consenso de los perdedores*”. El apoyo de los perdedores al régimen es menos obvio que en el caso de los ganadores y depende del reconocimiento de la legitimidad del procedimiento democrático que produjo un resultado que es indeseable. Al final, la viabilidad de la democracia electoral depende de su capacidad para asegurar el apoyo de una proporción sustancial de individuos que están insatisfechos con el resultado de una elección (Nadeau y Blais, 1993)²³.

Los autores sugieren que la democracia puede ser vista como un sistema de gobierno de rotación de minorías. Para que la democracia se mantenga es necesario que los perdedores acepten las reglas de juego, consideren que tienen posibilidades de dejar de ser perdedores y pasar al lado de los ganadores en próximas elecciones, por tanto, que apoyen el proceso democrático. Tienen que aceptar el resultado desfavorable y el proceso que lo produjo. Esto es básicamente el consenso de los perdedores (*losers' consent*) según Anderson et al. (2005).

El problema aparece cuando los resultados de las elecciones colocan a los individuos en el lugar de perdedores elección tras elección. Allí, los autores plantean dos alternativas: algunos pueden decidir dejar de participar, no votar, aunque otros pueden usar otros medios de expresión de su descontento (boicot, etc). Lo importante es conocer cómo reacciona la gente a la pérdida: cuán rebelde o cuán apática es la reacción, conocer qué incentivos crea ser perdedor en las elecciones.

Hay otros factores que generan efectos sobre la legitimidad democrática. El modelo que construyen sugiere que los incentivos de los perdedores para negar la pérdida y desarrollar bajos niveles de apoyo al régimen están fuertemente influidos por el contexto político institucional del país así como por las propias características y experiencias individuales (Anderson et al., 2005: 23).

Particularmente, no implica lo mismo perder en un contexto donde hay rotación de partidos, el sistema de partidos está institucionalizado y la democracia es estable, que en contextos donde los propios dirigentes políticos no legitiman el resultado de la elección, la rotación es casi inexistente, los partidos no son los principales protagonistas en las

²³ Citado en Anderson et al. (2005:40)

elecciones y las democracias son frágiles, por tan sólo nombrar las principales variables que intervienen en esta relación entre ganadores/perdedores y apoyo al régimen. Esto implica que el contexto político-institucional de cada país influye en el vínculo entre resultado electoral y actitudes frente al régimen. Como señalan los autores, ganar o perder significan cosas distintas en distintos sistemas. Se espera que individuos que provienen de una minoría política tendrán actitudes más negativas sobre el gobierno y el régimen que aquellos que pertenecen a la mayoría, si las instituciones están diseñadas de manera que las pérdidas tienen consecuencias de peso (Anderson et al., 2005:30).

Entonces, los autores afirman que las instituciones determinan las reglas de juego y cuánto pueden “decir” los ciudadanos en cuanto a seleccionar el nuevo gobierno (especificar el proceso por el cual los *losers* son creados) y además determinan cómo es ejercido el poder. Así es que las instituciones aparecen como proceso y como resultado (Anderson et al., 2005:30).

En este modelo, el hecho de que perder cause aceptación o protesta violenta depende también de las actitudes de los individuos y de sus experiencias anteriores. Hay actitudes como la fortaleza de la identificación partidaria que moldean el modo en que la pérdida es traducida en evaluaciones negativas sobre la legitimidad del sistema político o hasta el rechazo del sistema mismo (Anderson et al., 2005:28). Asimismo, es relevante la experiencia electoral: es mucho más peligroso para el régimen la existencia de ciudadanos que experimentaron por mucho tiempo la pérdida, que aquellos regímenes donde la constante rotación permite que los ciudadanos experimenten ser ganadores y perdedores frecuentemente. Este es un argumento más para concluir que la rotación de partidos en el poder es beneficiosa para la salud de las democracias.

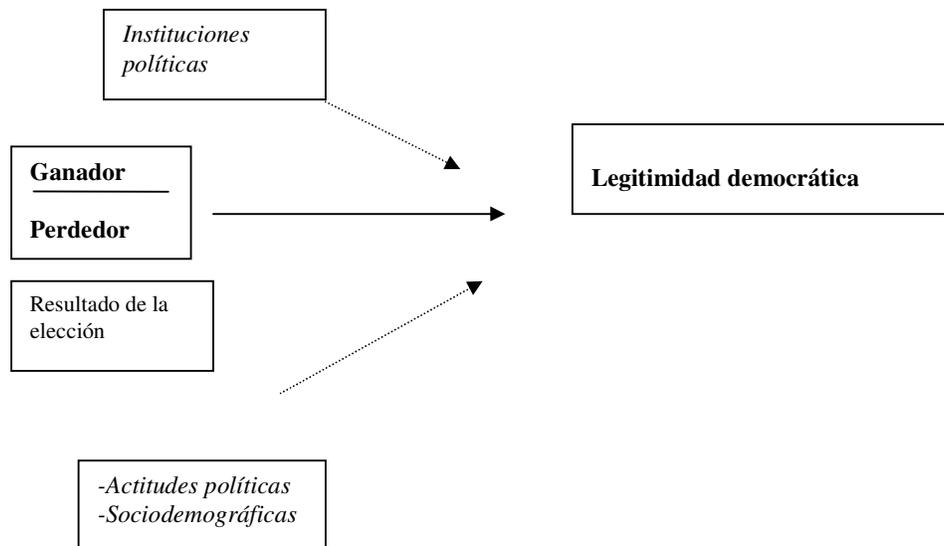
Como señala Norris (1999), las experiencias moldean las actitudes a lo largo del tiempo, y la experiencia acumulada es relevante para las orientaciones hacia el régimen. Si los ciudadanos sienten que las reglas de juego permiten ser electo al partido al que adhieren, probablemente se sentirán más representados por las instituciones y que el sistema responde y que, por lo tanto, se puede confiar en él. Si por el contrario, una porción importante de los ciudadanos pierde constantemente, estará más propenso a creer que su “voz” es excluida del proceso de decisiones políticas, lo cual le produciría insatisfacción con el sistema y sus instituciones (Norris, 1999:219).

¿Pero por qué se generan estas actitudes diferenciales entre perdedores y ganadores? Anderson et al. afirman que existen tres teorías que podrían explicarlo: la

maximización utilitarista, las respuestas emocionales y la consistencia cognitiva (2005:23). La primera refiere a las expectativas de beneficios esperados tras la elección: “*si pierdo creo que no seré beneficiado en mis intereses*”. Desde la teoría económica y la teoría de juegos, un supuesto básico es que las personas prefieren ganar a perder. El segundo refiere a mecanismos psicológicos: la pérdida puede generar enojo y ganar puede generar euforia, son respuestas afectivas o emocionales. Por último, perder o ganar influyen en las cogniciones. Se espera que votar al candidato perdedor lleve a evaluaciones más negativas del sistema político basado en mecanismos vinculados a procesos cognitivos y su disonancia. La gente frecuentemente experimenta inconsistencias cognitivas en creencias, valores y actitudes. Estas disonancias cognitivas llevan a insatisfacción y se busca restaurar la consistencia entre las actitudes y los comportamientos (2005:26). Estas teorías basadas en la psicología social pueden ser aplicadas, según los autores, al comportamiento político de los individuos. Afecta estos “lentes” con los que miran la realidad política (2005:28). Como el sistema político es menos amigable cuando uno está en la oposición, la gente que se encuentra en la minoría debería tener una posición más negativa sobre el trabajo de ese sistema, las políticas, los *outputs*.

A partir de este desarrollo conceptual los autores construyen un modelo en el que el impacto del resultado de una elección en las actitudes y comportamientos de ganadores y perdedores está constreñido por actitudes y arreglos institucionales. Por lo tanto, es un modelo interactivo. Las instituciones crean ganadores y perdedores por lo que condicionan el efecto de ganar y perder en la legitimidad democrática. Entonces los autores estudian como las instituciones moldean la pérdida en las elecciones, cómo los perdedores responden a la pérdida, y cómo el consenso de los perdedores afecta la legitimidad y viabilidad de las instituciones democráticas (Diagrama 1) (Anderson et al., 2005:31).

Diagrama 1. La legitimidad democrática



Fuente: Anderson et al. (2005)

La conclusión general del trabajo de Anderson et al. (2005) es que estar en la mayoría política generalmente se traduce en actitudes más positivas sobre el gobierno, mientras que los perdedores tienden a mostrar actitudes significativamente más negativas sobre el sistema político (2005:183). Encuentran que frecuentemente existe una brecha entre las percepciones de perdedores y ganadores sobre algunas variables que consideran significativas para la medición de la legitimidad de la democracia. Se centran en las predisposiciones individuales que pueden traducirse en percepciones más positivas o negativas y por lo tanto afectar la brecha. Los resultados indican que las predisposiciones tienen un efecto mediador en la relación, pero no afectan universalmente los niveles del consenso de ganadores y perdedores. Arriban a similares conclusiones respecto a las variables político-institucionales seleccionadas.

Concluyen que esto debería afectar directamente en los *policy makers*, los cuales deberían procurar el diseño de instituciones más inclusivas, ya que los sistemas pueden tornarse más inestables si una minoría significativa es consistentemente excluida del proceso político. Como la instituciones median en el modo en que las minorías son tratadas por el sistema, y por lo tanto, en cómo estas minorías se sienten sobre el proceso político,

importa que puedan “ser escuchados” al menos y tener “una silla en la mesa” una vez cada tanto (2005:189).

De aquí en más se utilizarán se utilizarán dos categorizaciones de la variable “ganador-perdedor”. La más simple divide a quiénes votaron al candidato presidencial ganador en la elección anterior a la realización de la encuesta (los “ganadores”) y, por otra parte, todo el resto: los llamados “perdedores”. En una segunda variable, se complejiza a los perdedores y se los subdivide en tres categorías: quienes no fueron a votar, quienes votaron en blanco o anulado y quienes votaron a un candidato perdedor²⁴.

Para finalizar esta sección, se presenta un cuadro (cuadro 3) con la distribución por país de ganadores y perdedores²⁵.

Cuadro 3: Ganadores y perdedores (2008, en %)

País	No votó	Votó en blanco/anulado	Votó candidato perdedor	Ganador	Total
Brasil	16	2	20	61	100
Ecuador	10	7	21	61	100
Venezuela	23	1	22	55	100
Uruguay	13	4	29	54	100
Colombia	38	2	10	51	100
Paraguay	31	4	23	42	100
Bolivia	30	7	24	40	100
Chile	36	5	21	39	100
Perú	12	10	49	29	100
Argentina	26	4	43	27	100
Total	23	5	26	46	100

Fuente: Elaboración propia en base a datos de LAPOP 2008

Como se desprende del cuadro, Brasil (61%), Ecuador (61%), Venezuela (55%), Uruguay (54%) y Colombia (51%) se caracterizan por tener la mayor proporción de ciudadanos que declaran haber votado al candidato presidencial ganador. Con la excepción de Colombia, en el resto de estos países hubo un “giro a la izquierda” en los últimos años, lo que probablemente haya cambiado la ecuación ganador-perdedor, incluyendo a muchos ciudadanos que estaban “por fuera” del gobierno, y convirtiendo a antiguos ganadores en

²⁴ No son tomados en cuenta quiénes no responden, ya que no es posible adjudicarles la posición de ganadores o perdedores. El motivo de no respuesta puede ser variado, inclusive ganadores que no recuerdan el nombre del candidato al que votaron. De cualquier modo, la “no respuesta” se distribuye bastante aleatoriamente entre países por lo que no debería afectar el tratamiento de los datos.

²⁵ Las preguntas a partir de las cuales se construyó la variable “ganador-perdedor” son enunciadas de la siguiente forma en el cuestionario. En primer lugar se pregunta: “Votó Ud. en las últimas elecciones presidenciales del año? Luego, a los que votaron se les pregunta: “Por quién votó a presidente en las últimas elecciones presidenciales del año...? Aquí los encuestados responden espontáneamente el nombre del candidato.

perdedores. En Colombia no hubo un giro a la izquierda pero sí se destaca una rotación importante con el acceso de Uribe al poder, ya que no representa a ninguno de los partidos tradicionales colombianos. También es destacable en el caso colombiano el alto porcentaje de entrevistados que no asistieron a votar en las últimas elecciones presidenciales.

Por su parte, en Paraguay (42%), Bolivia (40%) y Chile (39%) la proporción de “ganadores” es menor. En estos países aumenta considerablemente la cantidad de personas que no asistió a votar. En el caso paraguayo cabe aclarar que la encuesta se realizó antes de la victoria de Lugo, muy poco tiempo antes de las elecciones, lo que afecta claramente la categorización en ganadores y perdedores, ya que son considerados “ganadores” los votantes de Nicanor Duarte.

Por último, en Perú (29%) y Argentina (27%) se observan los porcentajes más bajos de “ganadores”, explicados particularmente por la declaración muy alta de haber votado a candidatos perdedores y en el caso argentino un alto porcentaje de abstención electoral declarada.

2.6.2 Determinantes político-institucionales: el contexto macro (país)

Tal como fue señalado en la descripción del modelo de Anderson et al. (2005), representado por el diagrama 1, este trabajo se enfocará en dos tipos de explicaciones, complementarias a la explicación principal de “ganadores y perdedores”, que en otros trabajos son presentadas como excluyentes: la explicación institucionalista y la culturalista.

Los institucionalistas enfatizan la importancia de las estructuras políticas y sociales, formales e informales para entender la vida política. Se afirma que las instituciones y estructuras políticas importan porque proveen el marco en el que los ciudadanos interactúan. Los sistemas de partidos, sistemas electorales, régimen de gobierno, relaciones de poder, influyen en las actitudes y comportamientos de los ciudadanos frente a la política, las instituciones y el régimen (Anderson et al., 2005: 21, Norris, 1999:219).

Particularmente, se ha manifestado que el diseño de un determinado set de instituciones que permitan una mayor *accountability*, *responsiveness* y representación llevaría a mayores niveles de apoyo²⁶. El argumento de Anderson et al. (2005) y que aquí

²⁶ Ver por ejemplo también: Lipset (1959), Pitkin (1967), Huntington (1968), Dahl (1971), Lijphart (1987).

será reafirmado es que hay diferencias identificables en las instituciones formales que afectan sistemáticamente en cómo ganadores y perdedores ven al sistema político. Estas instituciones actuarían como efectos amplificadores o reductores del efecto de ser ganador o perdedor (Anderson et al. 2005:120).

Dadas diferencias en estructuras institucionales y contextos políticos entre países, es razonable afirmar que lo que la gente piensa sobre la política esté afectado por estas variaciones (Anderson et al, 2005:21). Es lógico suponer que en países con democracias duraderas, con reglas claras, donde el proceso democrático-electoral es “limpio”, así como donde las instituciones están diseñadas para incluir a la ciudadanía y promover la participación, habrá opiniones más positivas sobre el régimen.

Las variables político-institucionales seleccionadas para este trabajo son: *el nivel de democracia existente en cada país y su estabilidad, el tipo de gobierno (de partido o de coalición), la magnitud promedio de la circunscripción (M), la institucionalización del sistema de partidos y la rotación de partidos en el gobierno.*

En primer lugar, una dimensión importante es el *nivel de democracia existente y su estabilidad*. Como señalan Booth y Seligson, actores poderosos pueden manipular la ley, las instituciones de gobierno, los medios, la información y los recursos económicos para negar al resto la igualdad de oportunidades para ejercer la ciudadanía en forma efectiva. La represión intimidada a los ciudadanos para participar libremente y representa una falla del sistema democrático (Booth y Seligson, 2009:67).

Por tanto, Booth y Seligson (2009) manifiestan que el respeto real de los derechos políticos y libertades civiles son variables fundamentales para comprender las percepciones de los ciudadanos. La misma hipótesis es contrastada empíricamente por Norris (1999:223). Las dimensiones ya especificadas de la poliarquía de Dahl (1989), son un insumo para la construcción de diversos índices que miden el nivel de democracia de los países.

Se pueden utilizar múltiples indicadores de democracia. En este trabajo se optó por los elaborados por Freedom House, ya que son de los más utilizados en los trabajos académicos y están disponibles las series actualizadas para todos los países. Los índices que construye Freedom House dan cuenta de las dimensiones más relevantes de una democracia electoral a través de una escala de derechos políticos y otra de libertades civiles por país, con puntajes de 1 a 7. Un país es libre cuando el promedio de ambos indicadores no es superior a 2,5, es parcialmente libre cuando es de 3 a 5 y no es libre

cuando asume valores mayores a 5. Los derechos políticos se miden a través de dimensiones que dan cuenta del proceso electoral, del pluralismo político y la participación, y del funcionamiento del gobierno. En el caso de las libertades civiles, las dimensiones son: libertad de pensamiento y credo, derecho de asociación y organización, imperio de la ley, autonomía personal y derechos individuales²⁷.

A continuación se presentan los puntajes en derechos civiles y políticos que presentan las democracias objeto de estudio para el año 2008 (cuadro 4).

Cuadro 4: Democracia en América del Sur (2008)

País	Puntaje	Tipo de régimen
Argentina	2	Libre
Bolivia	3	Parcialmente libre
Brasil	2	Libre
Chile	1	Libre
Colombia	3	Parcialmente libre
Ecuador	3	Parcialmente libre
Paraguay	3	Parcialmente libre
Perú	2.5	Libre
Uruguay	1	Libre
Venezuela	4	Parcialmente libre

Fuente: Freedom House

Como se desprende del cuadro, de los diez países objeto de estudio, la mitad son calificados como “libres” (Argentina, Brasil, Chile, Perú y Uruguay) y la otra mitad como “parcialmente libres”, lo cual da cuenta de realidades diferenciales en la región, que podrían llegar a reflejarse en la legitimidad otorgada por los ciudadanos a los regímenes de los respectivos países. Ningún país es calificado como “no libre”, por lo que el estudio se centra en democracias electorales que garantizan en mayor o menor medida los derechos políticos y libertades civiles, pero en ningún caso están ausentes.

No sólo es importante el nivel de democracia actual, sino también su *estabilidad*. La experiencia anterior con la democracia eleva el sentido de comunidad política y el apoyo a los principios del régimen democrático (Booth y Seligson, 2009).

Se han presentado diversas formas de medir la (in)estabilidad de las democracias. En este trabajo se tomará el concepto planteado por Chasqueti (2008), basado en la interrupción de los mandatos constitucionales: los casos en que el presidente no finaliza su período de gobierno. Como señala Chasqueti: “*Un golpe de Estado o un autogolpe*

²⁷ En www.freedomhouse.com. Otros índices utilizados en otros trabajos son, por ejemplo, los que construye el proyecto Polity o el Índice de Democracia Electoral de PNUD.

suponen en sí mismos una disolución del orden constitucional. De igual forma sucede con la emergencia de situaciones que suponen un cambio en la titularidad del Ejecutivo, ya sea porque el presidente se ve obligado a renunciar a su cargo o porque el Congreso, mediante la utilización de procedimientos constitucionales lo obliga a renunciar (*impeachment*) como producto de una crisis político-institucional” (Chasquetti, 2008:64).

En el siguiente cuadro (cuadro 5) se presentan los datos de interrupciones democráticas desde los retornos a la democracia²⁸. Como se desprende del cuadro, la mayoría de los países en estudio han sufrido interrupciones, con la excepción de Chile, Colombia y Uruguay. Por tanto las democracias de la región varían en cuanto a la garantía de derechos políticos y libertades civiles (datos de Freedom House) y se caracterizan en su mayoría por ser inestables.

Cuadro 5: Interrupciones en América del Sur

País	Interrupción?
Argentina	Si
Bolivia	Si
Brasil	Si
Chile	No
Colombia	No
Ecuador	Si
Paraguay	Si
Perú	Si
Uruguay	No
Venezuela	Si

Fuente: En base a Chasquetti (2008)

Otras dimensiones institucionales relevantes son el *sistema electoral* y el *tipo de gobierno* (de partido o de coalición).

El sistema electoral opera en el proceso de transformación de los votantes en ganadores y perdedores, ya que transforma los votos en cargos. Hay sistemas más o menos inclusivos. En América del Sur todos los sistemas electorales son de representación proporcional. Sin embargo, esto no tiene como correlato una igual proporcionalidad y por tanto, inclusividad del sistema. Por ejemplo, como se verá más adelante, Chile tiene un sistema binominal y más de la mitad de las bancas en Bolivia se eligen en

²⁸ Otras mediciones de estabilidad son por ejemplo las que realizan Shugart y Carey (1992), Jones (2005) y Pérez Liñán (2009).

circunscripciones uninominales, ejemplos de que no basta con la adopción del sistema de representación proporcional, hay que tomar en cuenta también el número de cargos que se eligen por circunscripción.

Como señala Rae: "...el grado en el cual la distribución de bancas difiere de la situación de perfecta proporcionalidad es una función de dos variables electorales: 1) la fórmula electoral, y 2) la magnitud de las circunscripciones." (Rae, 1967:41). En este sentido, Payne et al (2006), tomando en cuenta la literatura sobre sistemas electorales, concluyen que:

"el tamaño de las circunscripciones, o más precisamente la cantidad de legisladores que se elige en cada circunscripción, constituye por lo general la variable más importante. Si se mantiene invariable la fórmula particular utilizada para convertir los votos en escaños, cuanto mayor sea el número de bancas por distribuir, más proporcional será su asignación y mayores serán las posibilidades de que los partidos que reciben pocos votos tengan representación. Algunos sistemas, pese a estar definidos en la Constitución como de representación proporcional, cuentan con un número significativo de circunscripciones que eligen uno o dos legisladores." (Payne et al, 2006: 47).

Aquí se utilizará la magnitud circunscripción promedio (M) como indicador del nivel de proporcionalidad del sistema electoral. Los sistemas con M pequeña, generan votos desperdiciados, dejando afuera a muchos candidatos. Se argumenta que esto lleva a una mayor exclusión de los perdedores, los ciudadanos sienten que tienen menos "voz" al estar menos representados en los sitios donde se toman las decisiones públicas. Anderson et al. (2005) demuestran que en los sistemas más proporcionales la brecha entre las opiniones sobre la democracia de ganadores y perdedores es menor.

También el *tipo de gobierno* podría operar en la variación en los niveles de legitimidad. Se afirma que los gobiernos de coalición generarían mayores niveles de adhesión democrática (Anderson et al., 2005:139). Argumentan que además de compartir el poder (e incluir por tanto a los perdedores, o parte de ellos), se acercan más a las posiciones del votante mediano. Los gobiernos de coalición, en síntesis, producen menos perdedores y perdedores que están comparativamente más satisfechos con las posiciones políticas del gobierno (Anderson et al. 2005:139).

Entonces, la combinación de una magnitud de circunscripción promedio elevada con la existencia de coaliciones operaría positivamente en las percepciones de los

ciudadanos sobre la democracia. Por lo tanto, el tamaño de la brecha depende de si las instituciones son inclusivas o exclusivas (Anderson et al. 2005). Esto es muy importante para el diseño institucional. Una correcta combinación institucional puede reconciliar a los *losers* con el sistema (Anderson et al. 2005: 126).

A continuación se presentan los tipos de gobierno (de partido, de coalición o apartidario²⁹), así como la M promedio de los países de América del Sur al momento de realizarse la encuesta.

Cuadro 6: Tipos de gobierno y M promedio en América del Sur

País	Tipo de gobierno	M promedio
Argentina	De partido	5.4
Bolivia	De partido	14.4
Brasil	De coalición	19
Chile	De coalición	2
Colombia	De coalición	4.9
Ecuador	Apartidario	5.5
Paraguay	De partido	4.4
Perú	De partido	120
Uruguay	De partido	99
Venezuela	De partido	6.1

Fuente: Elaboración propia en base a Chasquetti (2008) y Payne et al. (2006)

Aquí se observa que, en general, los países cuentan con gobiernos de partido, a excepción de Brasil, Chile y Colombia, que cuentan con gobiernos de coalición. El caso de Ecuador es bastante atípico ya que se trata de un gobierno apartidario³⁰.

En cuanto a la proporcionalidad del sistema electoral, la situación es muy variada: en Perú, Uruguay, Brasil y Bolivia hay una magnitud promedio elevada, mientras que en Argentina, Colombia, Ecuador y Venezuela la magnitud es mediana. Por último, Chile representa el caso típico de sistema virtualmente mayoritario, con un sistema de representación proporcional pero binominal donde tan sólo dos partidos tienen posibilidades reales de acceder al parlamento en cada circunscripción.

Otras características institucionales relevantes dadas sus posibles implicancias para la legitimidad democrática son: la *institucionalización del sistema de partidos* y la *rotación de partidos en el gobierno*³¹.

²⁹ No se considera si los gobiernos de partido o de coalición son de tipo minoritario o mayoritario ya que aquí la variable que influiría es la inclusión de las minorías en coaliciones vs el gobierno de partido.

³⁰ Chasquetti define a los gobiernos apartidarios como aquellos en los que el presidente prescinde de partidos e “*intenta gobernar por decreto o trata de eludir al Congreso*” (Chasquetti, 2008:60).

Como señalan Mainwaring y Scully, un sistema institucionalizado de partidos implica: “la estabilidad de la competencia entre partidos, la existencia de partidos que tengan raíces más o menos estables en la sociedad, la aceptación de partidos y elecciones como instituciones legítimas que determinan quién gobierna, y organizaciones partidarias con reglas y estructuras razonablemente estables” (Mainwaring y Scully, 1997:1).

Por su parte, la rotación aparece como especialmente relevante para el análisis de las posiciones de los perdedores. Desde el ángulo teórico, Anderson et al. argumentan el rol fundamental que la existencia de rotación de partidos en el poder tiene para el fortalecimiento de la legitimidad democrática. La rotación generaría perdedores “esperanzados” de ser futuros ganadores, ya que la experiencia les indica que en su país han gobernado distintos partidos y el próximo, por tanto, podría ser el suyo.

Cuadro 7: Otras características político institucionales en América del Sur

País	Institucionalización del sistema de partidos	Rotación
Argentina	62	2
Bolivia	56	3
Brasil	59	1
Chile ³²	65	0
Colombia	60	2
Ecuador	53	3
Paraguay	64	0
Perú	53	3
Uruguay	76	2
Venezuela	55	1

Fuente: Elaboración propia en base a Payne et al. (2006) y Chasquetti (2008)

Se encuentran sistemas con diversos grados de institucionalización. Los sistemas más institucionalizados son el de Uruguay, alejado del resto, seguidos por Chile, Paraguay³³ y Argentina, por debajo Colombia, Brasil, Bolivia, Venezuela, Ecuador y Perú. Sistemas más institucionalizados de partidos podrían tender a generar una mayor adhesión

³¹ Construido a partir de datos de Chasquetti (2008). Se tomó en cuenta el número de veces que hubo rotación de un partido a otro en las últimas 4 elecciones.

³² El caso chileno merece una aclaración especial. En este indicador se consideró a la Alianza y a la Concertación como dos coaliciones de gobierno y la rotación se midió entre coaliciones, no entre partido al que pertenece el presidente. Por lo tanto, bajo estos criterios, en Chile en las cuatro últimas elecciones al momento de realizarse la encuesta (2008) no hubo rotación. En las pasadas elecciones de enero de 2010 obtiene la victoria la Alianza, configurándose en Chile la primera rotación de los últimos 20 años.

³³ Como ya fue señalado, la medición de LAPOP de 2008 fue realizada poco tiempo antes de las elecciones en las que obtuvo la victoria a Lugo.

democrática ya que los ciudadanos valoran la democracia de partidos como el medio a través del cual canalizar sus demandas y los partidos están organizados y tienen arraigo en la sociedad. Por el contrario, en sistemas poco institucionalizados, los incentivos para valorar la democracia decrecerían.

Por último, la rotación de partidos en el gobierno es especialmente relevante para este trabajo ya que implica rotación de minorías en el poder, y por tanto, rotación de perdedores. En sistemas con rotación, las expectativas de pasar a ser ganador en la próxima elección son grandes. Sin embargo, en el otro extremo, una alta volatilidad (o sea, rotaciones muy frecuentes) podría ser negativa porque implicaría una baja institucionalización. Al momento de realizarse la encuesta, en Chile³⁴ no había habido rotación y tampoco en Paraguay. En Brasil y Venezuela hubo una rotación en las últimas cuatro elecciones³⁵, en Argentina, Colombia y Uruguay hubo dos rotaciones³⁶ y en Bolivia, Ecuador y Perú existió el número máximo de rotaciones³⁷.

2.6.3 Determinantes individuales (micro): actitudes políticas y factores sociodemográficos

En este enfoque se afirma que ciertas actitudes políticas individuales (en este caso la *identificación partidaria* y la *autoidentificación ideológica*) y ciertas características sociodemográficas de los individuos (como el *sexo*, la *edad* y el *nivel educativo*) determinan las percepciones de los ciudadanos sobre la democracia. Como señalan Anderson et al. (2005:21) los ciudadanos apoyan más el régimen según *quiénes son, qué hacen y qué piensan*.

³⁴ Con las consideraciones ya realizadas sobre el caso chileno.

³⁵ En Brasil: de Fernando Henrique Cardoso (PSDB) a Luiz Inácio Da Silva (PT) en 2002. En Venezuela: de Rafael Caldera (COPEI) a Hugo Chávez (MVR) en 1998.

³⁶ En Argentina: de Carlos Menem (PJ) a Fernando De la Rúa (Alianza) en 1999 y luego de varios presidentes interinos se da una rotación a través de elecciones con la victoria de Néstor Kirchner (FV) en 2003. En Colombia: de Ernesto Samper (PL) a Andrés Pastrana (PC) en 1998 y de éste a Álvaro Uribe (PCD) en 2002. En Uruguay: de Luis Alberto Lacalle (PN) a Julio María Sanguinetti (PC) en 1994 y de Jorge Batlle (PC) a Tabaré Vázquez (FA) en 2004.

³⁷ En Bolivia: de Gonzalo Sánchez de Lozada (MNR) a Hugo Banzer (ADN) en 1997, de éste a Gonzalo Sánchez de Lozada nuevamente (MNR) en 2002, y de éste a Evo Morales (MAS) en 2005. En Ecuador: de Abdalá Bucaram (PRE) a Jamil Mahuad (DP) en 1998, de éste a Lúcio Gutiérrez (PSP) en 2002, y de éste a Rafael Correa (Alianza PAIS) en 2006. En Perú: de Alan García (APRA) a Alberto Fujimori (Cambio 90) en 1985, de éste a Alejandro Toledo (Perú Posible) en 2001 y de éste a Alan García (APRA) en 2006.

En cuanto a las *actitudes políticas*, se afirma que ciudadanos con fuertes lazos partidarios son más proclives a apoyar el sistema democrático que los partidarios débiles o quienes no se identifican (Anderson et al. 2005:23). La identificación partidaria refiere a la adhesión (*attachment*) individual, afectiva o emocional a un partido político, lo cual se originaría, según la escuela de Michigan, en la experiencia de socialización temprana. Es una actitud que predispone al individuo a votar por determinado partido, así como a interpretar la nueva información política en forma consistente a lo que manifiesta el partido con el que se identifica (Anderson et al, 2005:75).

En cuanto al vínculo entre *identificación partidaria*³⁸ y legitimidad democrática, hay hipótesis contradictorias. Por una parte, cabe pensar que quienes se encuentran más cercanos a los partidos deberían sufrir más la pérdida porque valoran el proceso democrático. La idea es que cuánto más fuertes sean los lazos con un partido, más importancia se da a los resultados de la elección y por tanto, más duro el efecto de ser perdedor. Por lo tanto, desde este punto de vista deberían ser más negativos en sus percepciones que quienes no se identifican con ningún partido.

Sin embargo, la hipótesis contraria es que justamente por adherir a un partido, se encuentran cercanos y legitiman la democracia como medio de selección de gobernantes, por lo que la apoyarían más que quienes no adhieren, y quienes por tanto probablemente estén menos involucrados y sean más apáticos políticamente. A continuación se presenta la distribución de simpatizantes y no simpatizantes con algún partido político para el año 2008.

Cuadro 8: Simpatía por algún partido político en América del Sur (%)

País	Sí	No	Total
Paraguay	59	41	100
Uruguay	50	50	100
Venezuela	33	67	100
Colombia	29	71	100
Bolivia	29	71	100
Brasil	25	75	100
Argentina	25	75	100
Chile	21	79	100
Perú	19	81	100
Ecuador	19	81	100
Total	31	69	100

Fuente: Elaboración propia en base a datos de LAPOP 2008

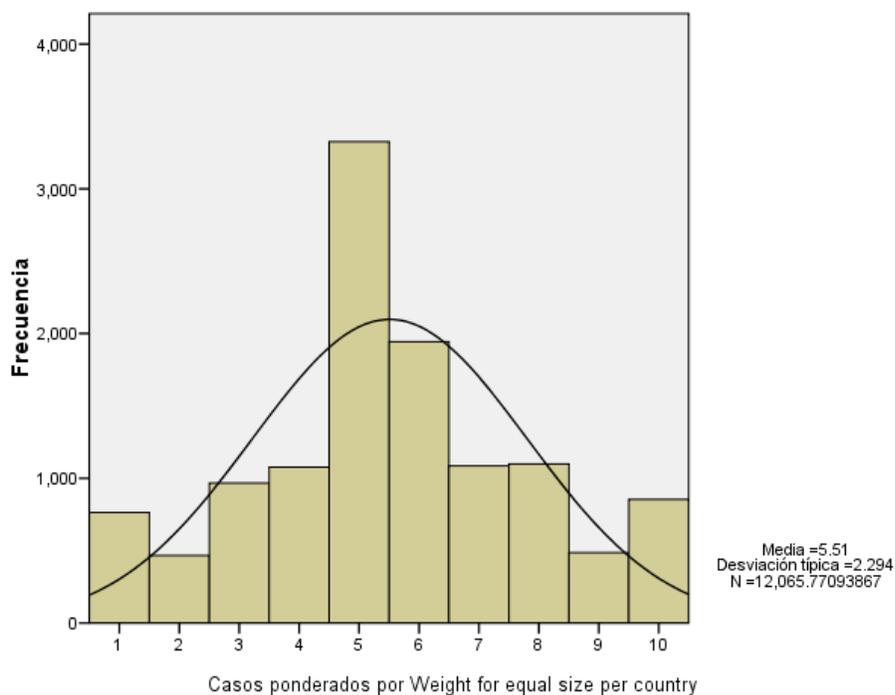
³⁸ Para el análisis se tomarán en cuenta a los individuos que manifiestan simpatizar con algún partido político. La pregunta es: “¿En este momento, simpatiza con algún partido político?”.

Tan sólo tres de cada diez sudamericanos (31%) manifiestan sentir algún tipo de simpatía por algún partido político. Si se observan los datos por país, se constata que tan sólo en Paraguay y Uruguay la mitad o más de los encuestados se identifican partidariamente. En Venezuela, Colombia y Bolivia la proporción es cercana al 30%, mientras que en Brasil, Argentina, Chile, Perú y Ecuador oscila entre el 19% y el 25%.

En cuanto a la *ideología*³⁹, quienes se encuentran en los extremos de la escala de identificación ideológica podrían tener visiones más negativas ya que tienden a no creer fuertemente en la democracia, y ampliarían sus visiones negativas si están excluidos del gobierno (Anderson et al. 2005:84). Tienen motivaciones más fuertes para interesarse en política, expresar sus puntos de vista y participar en el proceso político en forma más general. Basados en la idea de que los extremistas están más comprometidos con sus puntos de vista y más deseosos de promoverlas, son más propensos a estar más insatisfechos con el status quo, y aún más lo estarían los perdedores (Anderson et al. 2005:84). Carlin y Singer (2009), sin embargo, manifiestan que no hay evidencia concluyente en este indicador. A continuación se presenta la distribución de autoidentificación ideológica de los encuestados en su conjunto para la región.

³⁹ Para el análisis se utiliza la siguiente pregunta del cuestionario de LAPOP: “*En esta hoja hay una escala de 1 a 10 que va de izquierda a derecha, donde 1 significa izquierda y el 10 significa derecha. Hoy en día mucha gente, cuando conversa de tendencias políticas, habla de gente que simpatiza más con la izquierda y de gente que simpatiza más con la derecha. Según el sentido que tengan para usted los términos de “izquierda” y “derecha” cuando piensa sobre su punto de vista político, ¿dónde se colocaría usted en esta escala? Indique la casilla que se aproxima más a su posición*”.

Gráfico 1: Autoidentificación ideológica en América del Sur



Fuente: Elaboración propia en base a datos de LAPOP 2008

Como se observa en el gráfico precedente (gráfico 1), los datos muestran una distribución similar a la normal, es decir, con la mayoría de los casos concentrados en el centro, seguido por un número importante de casos en la centro-izquierda y en la centro-derecha, y por último un número menor de casos en los extremos. Sin embargo, vale destacar una cierta concentración de casos en la centro-izquierda, lo cual se condice con un período en el que priman gobiernos de izquierda en varios de los países estudiados (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Uruguay, Venezuela).

En cuanto a las *variables sociodemográficas*, varios estudios señalan su importancia para determinar las percepciones de los ciudadanos sobre la democracia⁴⁰. Por ejemplo, quienes tienen un mayor nivel de *ingresos y educación* tienden a expresar opiniones más positivas (Almond y Verba, 2000). Carlin y Singer (2009) afirman que a través de la modernización socioeconómica, hay un aumento del ingreso y la educación, lo que aumentaría la confianza y acción colectiva. Booth y Seligson encuentran que a mayor

⁴⁰ Aquí serán utilizadas como variables de control ya que, como ya fue reseñado, el foco se encuentra en las características político institucionales y en las actitudes políticas.

educación mayor sentimiento de comunidad nacional y apoyo a los principios del régimen (2009:113). Sin embargo, argumentan también que los más educados tienen más información y capacidades para evaluar la política del régimen o la performance económica por lo que en períodos de baja performance pueden tener percepciones más negativas (Booth y Seligson, 2009:113).

En cuanto a la *edad*, Inglehart y Welzel (2006) confirman la existencia de valores más pro-democráticos entre las cohortes más jóvenes, pero señalan que hay evidencia contradictoria según la dimensión de legitimidad que se tome en cuenta como variable dependiente. Con respecto al *sexo*, en general se argumenta que las mujeres son más conservadoras que los hombres (Booth y Seligson, 2009), por lo tanto se esperaría que apoyen más a la comunidad y a los principios del régimen.

En todos los casos, los autores aclaran que según la dimensión de legitimidad (más difusa o más específica) que se esté evaluando, los efectos de estas variables son diferenciales.

3. GANAR O PERDER Y LA LEGITIMIDAD DE LA DEMOCRACIA

Para el análisis se utilizan datos de LAPOP⁴¹ para los países de América del Sur⁴². Todas las encuestas fueron realizadas entre enero y marzo de 2008. Los datos institucionales fueron incorporados a las bases de cada país a nivel de cada individuo. El análisis se realiza para el conjunto de los individuos sudamericanos a partir de la estimación de modelos estadísticos probit y probit ordenado. La definición del tratamiento de cada uno de los indicadores se realiza en cada sección en que éstos se utilicen y se complementa en el anexo metodológico.

A continuación, se analiza la existencia o no de una brecha en las percepciones de ganadores y perdedores en los dos indicadores seleccionados como dimensiones de legitimidad. Luego se estiman los modelos estadísticos.

3.1 Perdedores/ganadores y la legitimidad democrática: hipótesis y análisis descriptivo

Esta sección retoma las preguntas iniciales de este trabajo: ¿Qué factores explican la variación en los niveles de legitimidad democrática entre los ciudadanos de América del Sur? La pregunta principal es: *¿hay diferencias en los niveles de apoyo al régimen democrático y su funcionamiento entre ciudadanos que votaron en la última elección presidencial a un candidato ganador y quienes no lo hicieron? ¿Qué efectos tiene ser perdedor sobre la legitimidad democrática?*

⁴¹ Agradezco al Barómetro de las Américas del Proyecto de Opinión Pública de América Latina (LAPOP) y a la Universidad de Vanderbilt por permitirme el uso de los datos.

⁴² Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. Se usa el mismo cuestionario para todos los países de la ola y el trabajo de campo se realiza en forma casi simultánea en cada país. En los países con una proporción importante de población indígena, se traducen los cuestionarios a los respectivos idiomas. El diseño muestral es común: muestra probabilística con cuotas a nivel de hogar, multietápica y estratificada de alrededor de 1500 encuestados. En Bolivia y Ecuador, por sus características territoriales, se sobrerrepresentan algunas zonas por lo que se realizan 3000 casos, para poder estudiarlas más a fondo, pero la base es ponderada para adecuar la muestra a los tamaños de población reales.

Estas preguntas llevan a la primera y principal hipótesis del trabajo:

- ***H1: los perdedores tienen percepciones más negativas que los ganadores en las diversas dimensiones de la legitimidad democrática.***

Los perdedores fueron categorizados en tres segmentos: quienes votaron a un candidato perdedor, quienes votaron en blanco o anulado y quienes no votaron en las últimas elecciones presidenciales. Estas tres categorías de perdedores se complementan con la categoría de ganador que contiene a todos los individuos que votaron al candidato que resultó ganador.

3.1.1 Brecha para el acuerdo con la “definición churchilliana de democracia”

En el gráfico 2 se agrupan las respuestas que implican “desacuerdo” con la frase (valores 1 a 3, “menor apoyo al régimen”), las respuestas valor 4 fueron consideradas como intermedias y las respuestas que van del 5 al 7 se consideraron como “acuerdo” con la frase, por lo tanto, “mayor apoyo al régimen”⁴³.

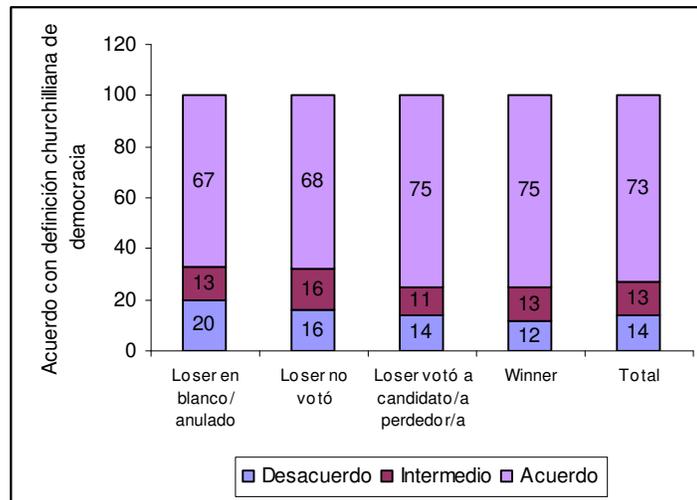
Del gráfico se desprende que los ganadores y quienes votaron a un candidato perdedor presentan un mayor apoyo al régimen (75% de “acuerdo” con la frase). Luego se encuentran quienes no votaron (68%) y quienes votaron en blanco o anulado (67%). Observando el cuadro desde las percepciones más “demócratas” (acuerdo con la frase), hay un grupo de perdedores (los que votaron a un candidato perdedor) que no presenta diferencias con la opinión de los ganadores. Esto puede interpretarse como que esta subcategoría de perdedores, a diferencia de las otras dos, está inmersa en el sistema, de algún modo cree que su “voto vale” ya que lo emite por alguien, y no opta por votar en blanco o anulado o directamente no ir a votar.

Sin embargo, si se observa desde el lado de los “menos demócratas” (desacuerdo con la frase), allí sí todos los segmentos de perdedores presentan mayores niveles de “no apoyo” que los ganadores. Aquí los que tienen peores percepciones son los que votaron en blanco y anulado (20%), luego los que no votaron (16%) y los que votaron a candidatos

⁴³ Vale recordar aquí la pregunta del cuestionario: “Puede que la democracia tenga problemas, pero es mejor que cualquier otra forma de gobierno. ¿Hasta qué punto está de acuerdo o en desacuerdo con esta frase?” El encuestado debe ubicarse en una escala del 1 al 7, donde 1 es muy en desacuerdo y 7 muy de acuerdo.

perdedores (14%) y por último los ganadores (12%). Por lo tanto, la mayor diferencia se da entre los que votaron en blanco y anulado y los ganadores (8 puntos porcentuales de diferencia entre quienes están de acuerdo con la frase).

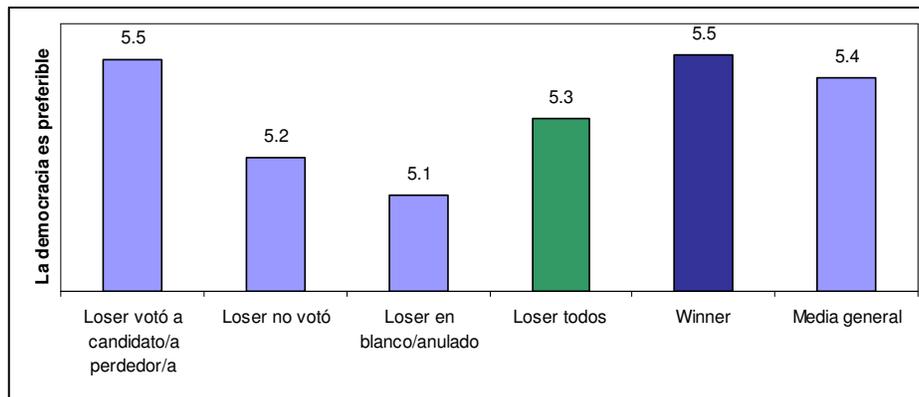
Gráfico 2: Grado de acuerdo de ganadores y perdedores con que “la democracia es mejor que cualquier otra forma de gobierno”



Fuente: Elaboración propia en base a datos de LAPOP 2008

Si en lugar de presentar los datos como porcentaje de respuestas se opta por comparar los promedios para cada segmento (recordando que los encuestados responden en una escala del 1 al 7) surgen conclusiones similares (ver Gráfico 3). En primer lugar, cabe aclarar que la media de cada uno de los segmentos es cercana a la media total, lo cual implica que no hay diferencias muy fuertes. La brecha entre las percepciones de ganadores y los perdedores en conjunto es de 0,2 puntos. Al tomar a los perdedores en varias categorías, como se advertía ya en el cuadro anterior, se observan diferencias un poco mayores, particularmente entre los perdedores que votaron en blanco o anulado y los perdedores que no votaron, en relación a los ganadores. Quienes votaron a un candidato perdedor nuevamente aparecen con opiniones similares a los ganadores.

Gráfico 3: Ganadores y perdedores en “la democracia es mejor que cualquier otra forma de gobierno”



Fuente: Elaboración propia en base a datos de LAPOP 2008

En suma, votar por un candidato perdedor tiene efectos menores sobre las percepciones que el hecho de no votar o votar en blanco o anulado. Esto parece lógico dado que algún tipo de expectativas o de interés en participar dentro del régimen tienen quienes votan por un candidato, resulte este luego ganador o no. Además, se espera que la brecha sea menor en esta dimensión de legitimidad vinculada a los valores democráticos más fuertes y arraigados, ya que la mayoría de la población en general adhiere a la democracia como régimen.

Por último, se da cuenta de la brecha entre ganadores y perdedores por país (Cuadro 9), tomando a todos los perdedores como una sola categoría, sin distinguir si votaron en blanco o anulado, no votaron o lo hicieron por un candidato perdedor. Con la excepción de Paraguay donde los perdedores apoyan más la democracia que los ganadores (2 puntos de diferencia)⁴⁴, y Argentina donde opinan igual, en el resto de los países los perdedores apoyan menos la democracia que los ganadores. Las mayores diferencias se observan en Chile, Uruguay y Venezuela, donde la brecha es de 9, 8 y 6 puntos porcentuales respectivamente. Le siguen Colombia, Bolivia y Perú (5 puntos), y por debajo Brasil y Ecuador (2 puntos).

⁴⁴ Como ya fue señalado anteriormente, esta encuesta fue realizada poco tiempo antes de las elecciones presidenciales paraguayas donde Lugo obtuvo la victoria, lo cual podría explicar estos datos que no se conciben con la teoría y los resultados para los demás países.

Cuadro 9: Acuerdo de ganadores y perdedores por país con “la democracia es mejor que cualquier otra forma de gobierno” (% respuestas 1 a 3)

	Loser	Winner	Brecha	Total
Chile	65	74	9	69
Uruguay	83	91	8	87
Venezuela	82	88	6	85
Colombia	71	76	5	74
Bolivia	71	76	5	73
Perú	61	66	5	63
Brasil	66	68	2	67
Ecuador	63	65	2	64
Argentina	90	90	0	90
Paraguay	61	59	-2	61

Fuente: Elaboración propia en base a datos de LAPOP 2008

En conclusión, para este indicador de legitimidad, en general se constata la existencia de una brecha de opiniones entre ganadores y perdedores en el sentido esperado, con la salvedad de que los perdedores que votaron a algún candidato apoyan en forma similar la democracia que los ganadores, aunque presentan mayores percepciones negativas que estos.

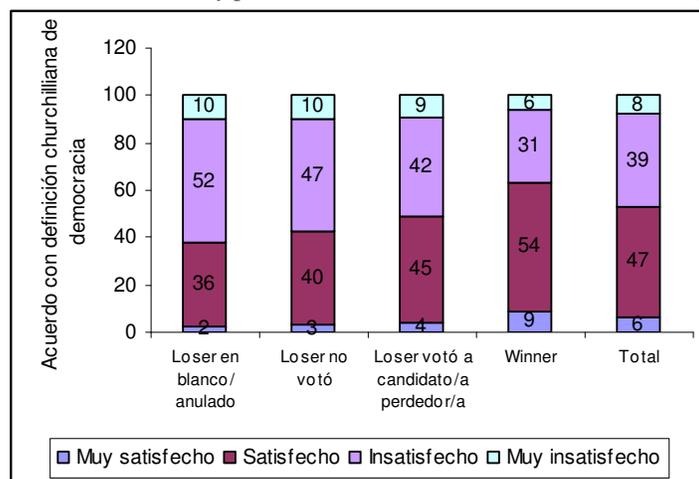
3.1.2 Brecha para la “satisfacción con el funcionamiento de la democracia”

Este indicador es más específico y evaluativo por lo que se espera que esté más influido por factores coyunturales como el resultado de una elección presidencial específica, por tanto, el “ser perdedor o ganador”. En este sentido, observando el gráfico 4, se advierte una brecha mucho mayor que en el indicador anterior. Los ganadores en general están más satisfechos que los perdedores, ya sea en la categoría “muy satisfecho” como en la de “satisfecho”. Nuevamente, quiénes presentan la brecha más pequeña con respecto a los ganadores es el segmento de perdedores que votó a un candidato perdedor.

La brecha es significativamente más amplia cuando se compara a los ganadores con quienes no votaron o quienes votaron en blanco o anulado, lo cual es coherente con los resultados para el indicador anterior. A modo de ejemplo, si se compara la satisfacción de los ganadores (63% presenta algún nivel de satisfacción) con la de quienes votaron en blanco o anulado se constata una brecha de 25 puntos, lo cual representa una diferencia

muy importante en las percepciones de uno y otro segmento de ciudadanos. La brecha de satisfacción entre ganadores y quiénes no votaron es de 20 puntos (también muy elevada) y por último la existente entre ganadores y quienes votaron a un candidato perdedor es de 14 puntos, menor que el resto, pero marca también una diferencia.

Gráfico 4: Ganadores y perdedores en satisfacción con la democracia (%)



Fuente: Elaboración propia en base a datos de LAPOP 2008

Para finalizar con esta sección, se presentan los datos de la brecha por país. Se observa que hay diferencias importantes entre países, ya que la brecha varía entre un máximo de 36 puntos para Venezuela⁴⁵ y un mínimo de 4 para Brasil y Paraguay. De cualquier modo, en todos los países la brecha existe y en algunos casos es muy acentuada.

⁴⁵ El caso venezolano merece una referencia especial. La enorme brecha existente entre las percepciones de ganadores y perdedores seguramente se deba a la fuerte polarización política existente allí. Probablemente esto hace que el bloque opositor político que se traduce en un bloque opositor ciudadano se sienta realmente perdedor, “por fuera” de la toma de decisiones políticas y además cuestione el funcionamiento democrático del país.

Cuadro 10: Ganadores y perdedores en satisfacción con la democracia por país (% satisfechos+muy satisfechos)

	Loser	Winner	Brecha	Total
Venezuela	48	84	36	68
Argentina	46	71	25	53
Bolivia	42	65	23	51
Chile	43	62	18	50
Perú	31	47	16	35
Ecuador	51	60	9	57
Uruguay	72	80	8	77
Colombia	53	61	8	57
Brasil	59	63	4	62
Paraguay	20	23	4	21

Fuente: Elaboración propia en base a datos de LAPOP 2008

En resumen, para los dos indicadores seleccionados, el acuerdo con la definición churchilliana de democracia y la satisfacción con su funcionamiento, existe una brecha más o menos importante entre las percepciones de ganadores y perdedores según el indicador. Particularmente, *se confirma la hipótesis de que existe una brecha entre las percepciones de ambos segmentos de ciudadanos en el sentido previsto: los perdedores tienen percepciones más negativas que los ganadores. Y esta brecha es más acentuada en el indicador de satisfacción con el funcionamiento de la democracia que en el de acuerdo con la definición churchilliana de democracia.*

3.2 Formulación de hipótesis

Además del efecto de ser ganador o perdedor, *¿qué efecto tienen las variables político-institucionales en la legitimidad democrática? ¿y las actitudes políticas?*

Para responder a las preguntas enunciadas anteriormente, en primer lugar se formulan otras ocho hipótesis a contrastar a través de los modelos. Estas hipótesis surgen de los diversos argumentos presentados en los capítulos anteriores.

En capítulos anteriores se desarrolló cómo afectaría ser ganador o perdedor en el apoyo a la democracia según el trabajo de Anderson et al. (2005). También se argumentaron posibles efectos de algunas variables político-institucionales sobre la variación en la legitimidad. Ganar o perder son experimentados en forma diferencial en ambientes político institucionales distintos, y estas diferencias colaboran a silenciar o

amplificar el impacto de perder en las creencias sobre la legitimidad de la democracia. Tener voz y compartir el poder en algún nivel, fortalece el consenso de los perdedores (2005: 185). Particularmente, las variables seleccionadas implican un mayor o menor nivel de inclusión de los ciudadanos, lo que recaería en un mayor o menor apoyo al régimen y su funcionamiento. En cuanto a las actitudes políticas, la identificación partidaria y la autoidentificación ideológica, dan cuenta de opciones individuales que implican estar cerca o no de algún partido político y estar en los extremos o más cercanos al centro en la autoidentificación ideológica.

- ***H2: En democracias con altos niveles de garantías de las libertades civiles y derechos políticos, los ciudadanos le asignan mayor legitimidad a la democracia en sus dos dimensiones que las democracias de “bajo nivel”.***

Varios autores ya reseñados dan cuenta de que en sistemas donde la democracia electoral, las libertades civiles y los derechos políticos son otorgados en su plenitud, los ciudadanos se sienten más incluidos y habituados a la práctica democrática electoral, por lo que valoran más positivamente la opción por un régimen de este tipo y están más satisfechos con el mismo, que quienes viven bajo regímenes menos libres⁴⁶. El respeto de los derechos políticos y libertades civiles son entonces variables fundamentales para comprender las percepciones de los ciudadanos.

- ***H3: En democracias más estables los ciudadanos le asignan mayor legitimidad a la democracia que en democracias que fueron interrumpidas.***

El argumento para esta hipótesis es similar al anterior. Los ciudadanos que están habituados a cierta estabilidad en el régimen, sin interrupciones en los mandatos presidenciales, tienden a tener opiniones más positivas sobre el régimen ya que lo ven como lo “normal” y posiblemente deseable. Como ya fue señalado, la experiencia anterior con la democracia eleva el sentido de comunidad política y el apoyo a los principios del régimen democrático.

⁴⁶ Ver por ejemplo: Booth y Seligson 2009.y Norris 1999.

- ***H4: En democracias donde hay rotación de partidos en el gobierno los niveles de apoyo al régimen y su funcionamiento son mayores que en democracias donde usualmente gobierna el mismo partido.***

Aquí el argumento es que largos períodos sin alternancia en el poder llevan progresivamente a visiones menos positivas sobre el sistema político, ya que los ciudadanos que están del lado de los perdedores están constantemente excluidos. La rotación de partidos es una garantía de “rotación de minorías ciudadanas”. En sistemas con rotación, las expectativas de pasar a ser ganador en la próxima elección son grandes.

- ***H5: En democracias con sistemas institucionalizados de partidos los ciudadanos adhieren en mayor medida al régimen democrático y su funcionamiento que en democracias con sistemas de partidos poco o nada institucionalizados.***

Los partidos son los actores políticos principales de las democracias, por lo tanto, si el sistema está institucionalizado los ciudadanos se sienten más representados y legitiman el régimen en sí mismo. Como ya fue señalado, en un sistema de partidos institucionalizado, entre otras características, los ciudadanos se sentirían más representados porque estos partidos tienen raíces estables en la sociedad y son aceptados como instituciones legítimas de la democracia así como lo son las elecciones (Mainwaring y Scully, 1997).

- ***H6: En países con gobiernos de coalición los ciudadanos le asignan mayor legitimidad a la democracia que en países donde el gobierno es de partido (sea este o no mayoritario).***

Los gobiernos de coalición por definición incluyen a más de un partido en el gobierno, por tanto también incluyen ciudadanos de distintas tendencias, intereses, etc. Cualquier arreglo institucional que promueva la inclusión es considerado como estimulante para una mayor adhesión democrática (Anderson et al., 2005).

- ***H7: En países con alta proporcionalidad de su sistema electoral los ciudadanos tienden a tener opiniones más positivas sobre la democracia y su funcionamiento que en países con sistemas electorales poco proporcionales.***

Como ya fue argumentado, el sistema electoral opera en el proceso de transformación de los votantes en ganadores y perdedores, ya que transforma los votos en cargos, generando sistemas más o menos inclusivos. Los sistemas con magnitud de circunscripción promedio (M) pequeña generan mayor exclusión de los perdedores, los ciudadanos sienten que tienen menos “voz” al estar menos representados en los sitios donde se toman las decisiones públicas y que su voto se desperdició. Por el contrario, en los sistemas con magnitud de circunscripción promedio mediana o grande, una mayor proporción de ciudadanos son representados y por tanto tenderían a valorar al régimen democrático que presenta estas características institucionales inclusivas.

- ***H8: Los ciudadanos que sienten simpatía por algún partido político otorgan mayores niveles de legitimidad a la democracia que aquellos que no se sienten cercanos a ningún partido.***

Como fue señalado anteriormente, pueden argumentarse hipótesis opuestas sobre el vínculo entre identificación partidaria y legitimidad democrática. Aquí se opta por afirmar que por el hecho de adherir a un partido, los ciudadanos se encuentran cercanos y legitiman la democracia como medio de selección de gobernantes, por lo que la apoyarían más que quienes no adhieren, y quienes por tanto probablemente estén menos involucrados y sean más indiferentes políticamente.

- ***H9: Los ciudadanos que se ubican en el centro, centro izquierda o centro-derecha en la escala de autoidentificación ideológica presentan un mayor apoyo a la democracia y su funcionamiento que quienes se ubican en los extremos de la escala (derecha e izquierda).***

Como ya se señalaba, quienes se encuentran en los extremos de la escala de identificación ideológica podrían tener visiones más negativas ya que tienden a no creer fuertemente en la democracia, y ampliarían sus visiones negativas si están excluidos del

gobierno. Tienen motivaciones más fuertes para interesarse en política, expresar sus puntos de vista y participar en el proceso político en forma más general. Basados en la idea de que los extremistas están más comprometidos con sus puntos de vista y más deseosos de promoverlas, y como son más propensos a estar más insatisfechos con el status quo, (Anderson et al. 2005:84), no apoyarían en igual medida que el resto la democracia y su funcionamiento.

3.3 Análisis estadístico: estimación de modelos

3.3.1 Variables incluidas en los modelos

Para comprobar estas nueve hipótesis se estimaron dos modelos correspondientes a las *dos variables dependientes*. En primer lugar un modelo probit ordenado para la variable dependiente de grado de acuerdo con la definición churchilliana de democracia (*churchill*). Cuando la variable es ordinal, como en este caso, el probit ordenado permite indicar el orden de las categorías. La variable *churchill* asume valores entre 1 y 7 donde 1 significa el menor acuerdo con la frase “puede que la democracia tenga problemas pero es mejor que cualquier otra forma de gobierno” y 7 el máximo acuerdo. El modelo probit ordenado indica la probabilidad de tener cada uno de los grados de acuerdo con la frase en función de las variables explicativas. Además de los coeficientes, su signo y su significación, se presentan los efectos marginales que permiten cuantificar los cambios aproximados en la probabilidad estimada ante una variación marginal en la variable independiente. En este caso, se presenta la estimación de los cambios en la probabilidad de que el encuestado manifieste el nivel más alto (7) en la variable *churchill* dados cambios marginales en las variables independientes o explicativas.

En segundo lugar, se estima un modelo probit para la variable dependiente de satisfacción con el funcionamiento de la democracia (*satis*). Los modelos probit son parte de los modelos de respuesta dicotómica. La variable *satis* se construyó a través de la recodificación de la pregunta sobre satisfacción con el funcionamiento de la democracia. El valor 1 representa la agregación de las respuestas “satisfecho” y “muy satisfecho”, mientras que el valor 0 es la agregación de las respuestas “insatisfecho” y “muy

insatisfecho”. El modelo probit explica la probabilidad de estar satisfecho con el funcionamiento de la democracia (*satis*=1) en función de las mismas variables explicativas del otro modelo. Los efectos marginales en este modelo representan el cambio en la probabilidad de que el encuestado responda que está satisfecho con la democracia (*satis*=1) ante una variación marginal en las variables independientes.

Con respecto a las **variables independientes**: la variable *blanco* asume valor 1 cuando la persona votó en blanco en las últimas elecciones presidenciales. *Candperd* aplica para los casos en que la persona votó a un candidato perdedor y la variable *novoto* asume el valor 1 cuando la persona no fue a votar. Es omitida la categoría ganador, que refiere a los individuos que votaron al candidato que resultó triunfador en las elecciones anteriores. Es decir, este conjunto de variables representa a los diferentes segmentos de “perdedores” y el modelo calcula las diferencias entre ellas y la variable omitida: ganador.

Las variables político institucionales fueron introducidas en la base de datos, asociando a cada individuo el valor correspondiente de su país. La variable *fh2007* asume valores entre 1 y 4, siendo 1 el mayor nivel de democracia y 4 el menor. La variable *interrup* asume el valor 1 si existió alguna interrupción democrática en el país, tal como fue definida en capítulos anteriores, y valor 0 si no hubo interrupciones.

La variable *ultimael* varía entre 1 y 5 e indica el número de años desde que se celebró la última elección presidencial. La variable *mpromedi* indica la magnitud de circunscripción promedio.

La variable *partido* asume el valor 1 si el gobierno es de partido así como la variable *apartidario*⁴⁷ asume el valor 1 cuando el gobierno es apartidario. La categoría omitida son los gobiernos de coalición.

La variable *instsist* indica el valor del índice de institucionalización del sistema de partidos para cada país. Cuanto mayor sea el valor, más institucionalizado se encuentra el sistema.

La variable *rotación* varía entre 0 y 3 e indica tal como se ha señalado, el número de rotaciones de partidos en el gobierno experimentadas por cada país en las últimas cuatro elecciones.

⁴⁷ Vale recordar que los gobiernos apartidarios son aquellos en los que el presidente prescinde de partidos e “*intenta gobernar por decreto o trata de eludir al Congreso*” (Chasquetti, 2008:60). Es el caso de Ecuador en este período.

En cuanto a los indicadores de actitudes políticas incorporados al modelo, la variable *izquierda* asume el valor 1 cuando el encuestado responde 1 o 2 en la escala de autoidentificación ideológica y la variable *derecha* asume el valor 1 cuando el encuestado se ubica en los valores 9 o 10. Se omite a todos los encuestados que no se ubican en dichos extremos ideológicos.

La variable *simpatía* asume el valor 1 si la persona responde que siente simpatía por algún partido político, más allá de cuál sea éste o de la intensidad de la simpatía, y 0 para quienes manifiestan no sentir simpatía por ningún partido.

Con respecto a las variables de control sociodemográficas, la variable *mujer* asume valor 1 cuando la encuestada es mujer y 0 cuando es hombre. La variable *edad* varía entre 18 y 94 años. Por último, la variable *educ* presenta el número de años de estudios formales que posee cada encuestado y varía entre 0 y 18. El valor 18 representa a quienes tienen 18 o más años de estudios formales.

3.3.2 Modelo 1: determinantes del “grado de acuerdo con la definición churchilliana de democracia”⁴⁸

¿Qué variables están asociadas con el apoyo al concepto churchilliano de democracia? Además de los resultados de la estimación de los coeficientes del modelo se presentan los efectos marginales de las variables que resultaron estadísticamente significativas, como forma de dar cuenta de la magnitud del efecto de las variables independientes sobre la probabilidad de que los encuestados respondan el máximo valor de acuerdo con la frase (*churchill=7*). Este valor significa el mayor nivel de apoyo al concepto churchilliano de democracia y es donde se ubica la mayoría relativa de los encuestados (33,5%).

⁴⁸ El modelo se ajusta en forma satisfactoria a la distribución de la variable en la muestra. A modo de ejemplo, la probabilidad predicha por el modelo de que los encuestados respondan el máximo acuerdo con la frase (*churchill=7*) es de 0,353, lo que representaría que en promedio un 35,3% de las personas responderían *churchill=7*. Mientras tanto, el porcentaje efectivo de personas que en la muestra presentan el máximo valor de acuerdo con la frase es de 33,5%, por lo que la diferencia entre el valor predicho y el efectivo es pequeña. El modelo también ajusta correctamente para el resto de los valores de la variable, aunque es una medida parcial. El ajuste general del modelo presenta un valor del estadístico chi-2 de la prueba de Wald acerca la significación conjunta de todas las variables incluidas en el modelo de 1343.35, lo que permite rechazar la hipótesis nula de que las variables incluidas en conjunto no son significativas al 99%.

Cuadro 11: Probit ordenado- coeficientes y efectos marginales⁴⁹, variable dependiente “la democracia es mejor que cualquier otra forma de gobierno” (“*churchill*”)

Variabes	Coeficiente	Efectos marginales sobre P(<i>churchill</i>=7)
blanco	-0.195*** (0.056)	-0.070 (0.019)
candperd	-0.073*** (0.027)	-0.027 (0.010)
novoto	-0.168*** (0.029)	-0.061 (0.010)
fh2007	0.318*** (0.026)	0.118 (0.010)
interrup	0.315*** (0.050)	0.114 (0.018)
ultímale	-0.355*** (0.017)	-0.132 (0.006)
mpromedi	-0.000 (0.000)	
partido	0.125*** (0.049)	0.046 (0.018)
apartidario	-0.108** (0.050)	-0.039 (0.018)
instsist	0.105*** (0.005)	0.039 (0.002)
rotacion	0.082*** (0.015)	0.030 (0.006)
izquierda	0.137*** (0.037)	0.052 (0.014)
derecha	0.053 (0.037)	
simpatia	0.147*** (0.024)	0.055 (0.009)
mujer	-0.046** (0.021)	-0.017 (0.008)
edad	0.007*** (0.001)	0.003 (0.000)
educ	0.034*** (0.003)	0.013 (0.001)

-Errores estándar entre paréntesis

***, **, significativa al 99 y 95% respectivamente

⁴⁹ Los modelos probit ordenados muestran los efectos marginales para cada una de las siete categorías. Se presenta el caso de mayor apoyo a la democracia: *churchill*=7.

- **Efecto de ser ganador o perdedor**

El primer hallazgo, y el principal de este trabajo, es que para este indicador (VD=churchill) se confirma la hipótesis de que *los perdedores tienen percepciones más negativas que los ganadores (H1)*. Más específicamente, el modelo predice que votar en blanco, votar a un candidato perdedor o no ir a votar reduce la probabilidad estimada de que el individuo posea el máximo nivel de acuerdo con la definición churchilliana de la democracia, con respecto a quienes votaron al candidato ganador. De estas tres categorías de perdedores, la que tiene un efecto negativo mayor es el hecho de haber votado en blanco, ya que dicha variable se asocia con una disminución de 7 puntos porcentuales en la probabilidad de churchill=7. Asimismo, según los efectos marginales del modelo, la probabilidad de que un individuo apoye fuertemente la democracia (churchill=7) disminuye 6 puntos porcentuales si este individuo no fue a votar en las últimas elecciones presidenciales. Quienes votaron a un candidato perdedor también presentan opiniones más negativas que los “ganadores”, aunque el efecto marginal es menor (3 puntos porcentuales).

Por lo tanto, el enfoque de Anderson sobre las percepciones de ganadores y perdedores se aplica correctamente a la región. Particularmente importante es el efecto que tiene no votar o votar en blanco, ya que da cuenta de que la abstención electoral y la desafección política, se ven reflejadas también en menores niveles de apoyo a la democracia como régimen. Lo “alentador” es que quienes votan a candidatos perdedores siguen “dentro del sistema”, son perdedores que apoyan menos que el promedio, pero aún así la diferencia no es muy fuerte. El “consenso de los perdedores” no parece imposible, si se logra que un mayor número de personas asistan a votar y lo hagan por algún candidato. La legitimidad de la democracia en la región depende en gran parte de esto.

- **Efecto de las variables político-institucionales**

En este trabajo se ha afirmado que las variables político institucionales, el contexto político-institucional en el que viven los individuos, afectan también la probabilidad de apoyar la democracia y por tanto de que sea legitimada. Se detallan los resultados del modelo para cada variable institucional / hipótesis.

Al contrario de lo que enunciaba la H2 y los argumentos asociados, el modelo predice que en democracias con bajos niveles de garantía de las libertades civiles y derechos políticos el nivel de apoyo es mayor que en las democracias de “alto nivel”⁵⁰.

Lo mismo sucede con la existencia o no de interrupciones tal como fueron definidas anteriormente. Al contrario de lo que enuncia la H3, *los ciudadanos de democracias que sufrieron interrupciones le asignan mayor legitimidad a su régimen que quienes viven en democracias estables*. El modelo predice una relación significativa entre menor nivel de democracia y mayor legitimidad, y entre existencia de interrupciones y mayor legitimidad. En cuanto a la magnitud del efecto, a medida que se presenta un aumento marginal en *fh2007* (o sea, disminuye el nivel de democracia), la probabilidad de que los individuos respondan el nivel máximo de apoyo a la democracia (*churchill=7*) aumenta 12 puntos porcentuales. Asimismo, en democracias que sufrieron alguna interrupción en las últimas décadas post-dictadura, la probabilidad de que los encuestados apoyen plenamente la democracia aumenta en 11 puntos porcentuales con respecto a aquellas democracias que no han sufrido ninguna interrupción.

Por tanto, vivir en democracias con garantía de derechos civiles y políticos, y que sean estables no conlleva una mayor legitimidad del régimen, en esta dimensión de legitimidad, sino que todo lo contrario. En la argumentación de estas hipótesis se señalaba que los ciudadanos de democracias consolidadas (por tener altos niveles de garantía de derechos políticos y civiles y no sufrir interrupciones) se sentirían más incluidos en el sistema por lo que lo legitimarían más que aquellos que viven en democracias con menos garantías y menos estables. Sin embargo, a la luz de los resultados del modelo para este indicador de legitimidad, habría que revisar los argumentos que sustentan las H3 e H4.

Una interpretación posible es que los individuos que viven en democracias frágiles valoran más la democracia precisamente porque carecen de ella en forma plena, legitiman un tipo de régimen que les es esquivo en su país pero pueden observar cómo funciona en

⁵⁰ Vale recordar que la variable *fh2007* asume valores más altos cuanto menos democrático es el régimen.

otros países⁵¹. Es una explicación tentativa: en futuros trabajos sería interesante indagar más en esta relación, por ejemplo colocando variables interactivas en el modelo, que den cuenta de los efectos de la relación cuando el nivel de democracia y la existencia de interrupciones se ven acompañadas por otras variables institucionales o por el hecho de ser ganador o perdedor.

En cuanto a la importancia de la rotación de partidos en el gobierno, *el modelo predice una asociación significativa y positiva entre el número de rotaciones en las últimas cuatro elecciones y apoyo a la definición churchilliana de democracia*. Se confirma entonces la hipótesis (**H4**): a medida que aumenta el número de rotaciones de partidos en el gobierno, aumenta 3 puntos porcentuales la probabilidad de que el individuo tenga el máximo nivel de apoyo a la democracia en esta dimensión de la legitimidad (*churchill=7*).

Por lo tanto, los individuos que viven en democracias donde gobierna usualmente el mismo partido, las legitiman en menor la medida que el resto. El argumento más plausible es que largos períodos sin alternancia en el poder genera perdedores “crónicos” que claramente no están incluidos en la toma de decisiones públicas a través de sus representantes. La “rotación de minorías”, tal como lo enunciaban Anderson et al. (2005), parece ser importante para la legitimidad de la democracia en la región. Las expectativas de tornarse ganador en las próximas elecciones son mayores. En futuros trabajos sería interesante analizar la interacción de ser perdedor con vivir en un país con ninguna o poca rotación, para visualizar si el efecto sobre la legitimidad varía.

Con respecto al efecto de la institucionalización del sistema de partidos, *se confirma la H5: en democracias con sistemas institucionalizados de partidos los ciudadanos adhieren en mayor medida al régimen democrático que en democracias con sistemas poco institucionalizados*. El modelo predice una relación significativa y positiva entre las variables, con un efecto marginal asociado de 4 puntos porcentuales.

⁵¹ Dado que estos resultados son contrarios a lo que se afirma en la literatura sobre democracia y legitimidad, se indagó acerca de si existía algún país que estuviera afectando la relación entre las dos variables. A través del análisis de la relación entre nivel de democracia y acuerdo con la definición churchilliana de democracia, se pudo identificar que Venezuela es un caso bastante atípico, ya que presenta el menor nivel de democracia según Freedom House (4 puntos) mientras que tiene un porcentaje bastante elevado de ciudadanos que la apoyan (65% de los encuestados responden 6 o 7 en la escala de acuerdo con la frase). Para chequear si Venezuela estaba afectando el conjunto de los resultados, se estimó el modelo eliminando los casos venezolanos, y el signo no cambió. Por tanto, aún eliminando algunos casos “atípicos”, la relación entre nivel de democracia y legitimidad a este nivel se mantiene contraria al sentido esperado. Lo mismo ocurre para la asociación entre interrupciones y legitimidad: los ciudadanos de América del Sur que sufrieron interrupciones en sus democracias, aún quitando a Venezuela, las valoran más que los ciudadanos que viven en democracias estables.

Se constata que cuando los partidos políticos son los actores principales de la democracia representativa, están arraigados en la sociedad y organizados, los individuos se sienten más afines con el régimen y lo apoyan en mayor medida. Esto va en contra de los resultados para las variables de nivel y estabilidad de la democracia donde los ciudadanos valoraban la democracia cuanto menos la “tenían”. En este caso, la institucionalización de los partidos sí opera positivamente en las percepciones.

En cuanto al tipo de gobierno (de partido, de coalición o apartidario) **no se confirma la hipótesis (H6): en países con gobiernos de partido los ciudadanos le asignan mayor legitimidad a la democracia.** Particularmente, vivir en un gobierno de partido (sea este mayoritario o no) aumenta en 5 puntos porcentuales la probabilidad de apoyar el concepto churchilliano de democracia en su máxima expresión.

En el argumento que sustentaba la H6 se señalaba que los gobiernos de coalición son más inclusivos, se trasladaba la inclusión de varios partidos con el “sentirse” incluido de los ciudadanos. Al parecer, los ciudadanos no se sienten más incluidos, o al menos no apoyan en mayor medida la democracia por vivir en un país con gobierno de coalición. Tal vez aquí lo interesante para trabajos futuros sería tomar en cuenta la interacción entre gobierno de partido y mayoría o minoría en el parlamento.

Con respecto al efecto de la proporcionalidad del sistema electoral, medido a través de la magnitud promedio de la circunscripción (M), el modelo señala que **no existe una relación significativa entre M y esta dimensión de legitimidad.** Por tanto, **no se confirma la hipótesis (H7) de que en países con alta proporcionalidad de su sistema electoral los ciudadanos tienden a tener opiniones más positivas sobre la democracia como régimen.**

Al igual que sucedía con la variable tipo de gobierno, al parecer el sistema electoral no parece hacer sentirse “más incluidos” a los ciudadanos, o al menos no se refleja en el apoyo a la democracia. Tal vez la operación del sistema electoral sea visualizada como un proceso lejano al ciudadano y esto explique que no haya efectos de la magnitud de la circunscripción sobre la legitimidad a este nivel. Esta evidencia vuelve a mostrar que no todas las variantes institucionales incluidas en el modelo generan efectos en el apoyo a la democracia en su nivel más difuso y valorativo. Algunas, como la institucionalización de los sistemas de partidos y la rotación de partidos en el gobierno parecen afectar más directamente que otras en la sensación de inclusión, de tener “voz” de los ciudadanos y otras, como la magnitud de circunscripción promedio, se sitúan en forma lejana.

- **Efecto de las actitudes políticas**

Además de las variables político-institucionales que dan cuenta del contexto macro de los ciudadanos de la región, el modelo incluyó variables de nivel individual vinculadas a algunas actitudes políticas que podrían estar asociadas a la legitimidad democrática: la identificación partidaria (*simpatía*) y la autoidentificación ideológica (*izquierda* y *derecha*).

El modelo predice que existe una relación significativa y positiva entre la simpatía por un partido político y el apoyo a la definición churchilliana de la democracia. Con esto **se confirma la H8: los ciudadanos que sienten simpatía por algún partido político otorgan mayores niveles de legitimidad a la democracia que aquellos que no se sienten cercanos a ningún partido**. Particularmente, el hecho de simpatizar con algún partido (*simpatía=1*) aumenta 6 puntos porcentuales la probabilidad de que el individuo apoye la democracia (*churchill=7*) en esta dimensión con respecto a aquellos que no simpatizan con ninguno (*simpatía=0*).

Ante argumentos contradictorios sobre el posible efecto de la pertenencia partidaria, el modelo predice que tal como se optó por hipotetizar, el hecho de adherir a un partido genera que los ciudadanos se encuentren cercanos y por tanto legitimen la democracia como medio de selección de líderes. Este hallazgo se vincula al efecto de la institucionalización del sistema de partidos, ya que les otorga un rol fundamental para el apoyo a la democracia.

En cuanto a la identificación ideológica de los entrevistados, el modelo indica que **no existe una relación significativa entre ser de derecha y apoyar la democracia**. Sin embargo, sí es significativo el vínculo entre los de izquierda. Ser de izquierda aumenta 5 puntos porcentuales la probabilidad de responder el nivel máximo de acuerdo con la definición churchilliana de democracia (*churchill=7*) con respecto a los individuos que se ubican en posiciones intermedias. Estos resultados indican que **la H9 no es válida. La hipótesis afirmaba que pertenecer a cualquiera de los dos extremos de la escala ideológica tenía efectos negativos sobre el apoyo a la democracia**. Sin embargo, **el modelo indica que considerarse de extrema derecha no tiene vínculo y que considerarse de extrema izquierda tiene el vínculo contrario al esperado**.

Los efectos de ser de izquierda o derecha han sido muy debatidos por lo que no resulta extraño, especialmente cuando en varios de los países en los que residen los

individuos encuestados existen gobierno de izquierda, por tanto, son “ganadores” y pueden tener opiniones más positivas por ser ganadores y no tanto por su ubicación ideológica. Es una conjetura que debería ser contrastada en posteriores análisis.

- **Variables sociodemográficas**

Las variables de control sociodemográficas (sexo, edad y educación) presentan una relación significativa con la variable dependiente en este primer modelo. Particularmente, cuanto mayor sea el nivel educativo y la edad de la persona, mayor es la probabilidad de que esté de acuerdo con el concepto churchilliano de democracia (1 puntos porcentuales más para el nivel educativo y 0,3 puntos porcentuales más para la edad). Por su parte los hombres presentan mayores valores democráticos en este indicador que las mujeres. Ser mujer disminuye la probabilidad de apoyar la democracia en su máximo nivel en 2 puntos porcentuales.

Vale la pena recalcar también que el modelo predice que mientras más años hayan transcurrido desde la realización de la última elección presidencial, menor es la probabilidad de apoyo a la democracia (13 puntos porcentuales), lo que implica algún tipo de desgaste en los gobiernos que haría que los ciudadanos comiencen a valorar menos el régimen mismo. Sería interesante observar qué sucede con una variable más sensible a la coyuntura como es la satisfacción con el funcionamiento de la democracia, ya que este efecto debería ser mayor en una variable de este tipo (evaluativa y de apoyo específico). Esto será analizado en el próximo apartado que está dedicado a la segunda dimensión de legitimidad.

3.3.3 Modelo 2: determinantes de la “satisfacción con el funcionamiento de la democracia”⁵²

En este apartado se analiza un nuevo modelo que tiene las mismas variables independientes que el anterior, mientras que la variable dependiente representa la segunda dimensión de legitimidad seleccionada: la satisfacción con el funcionamiento de la democracia. Es una dimensión que en la literatura aparece como más influida por la coyuntura, debido a que en vez de representar valores como el apoyo a la democracia misma como tipo de régimen, representa una evaluación de su funcionamiento, es un apoyo más específico, en palabras de Easton.

Entonces: ¿qué variables están asociadas a la satisfacción con el funcionamiento de la democracia en la región? Al tratarse de una variable dependiente binaria, lo que estima el modelo es una probabilidad, es decir, la probabilidad de que las personas entrevistadas estén satisfechas con el funcionamiento de la democracia (*satis*=1). Además de los resultados de la estimación de los coeficientes del modelo se presentan los efectos marginales de las variables que resultaron estadísticamente significativas, como forma de dar cuenta de la magnitud del efecto de las variables independientes sobre la probabilidad de estar satisfechos.

⁵² La probabilidad predicha por el modelo de que los encuestados respondan que están satisfechos o muy satisfechos con la democracia (*satis*=1) es de 0,536. Al tratarse de una variable dependiente binaria, esta probabilidad significa que en promedio, el modelo estima que un 53.7% de los entrevistados está satisfecho con el funcionamiento de la democracia (*satis*=1). Tomando en cuenta que el porcentaje de personas entrevistadas que efectivamente se encuentran en esa categoría en la muestra es también de 53.7%, dicha medida de bondad de ajuste del modelo es satisfactoria aunque es una medida parcial. El ajuste general del modelo presenta un valor del estadístico chi-2 de la prueba de Wald acerca la significación conjunta de todas las variables incluidas en el modelo de 987.12, lo que permite rechazar la hipótesis nula de que las variables incluidas en conjunto no son significativas al 99%.

Cuadro 12: Probit- coeficientes y efectos marginales, variable dependiente “satisfacción con el funcionamiento de la democracia” (*satis*)

VARIABLES	Coeficiente	Efecto marginal
blanco	-0.562*** (0.064)	-0.218 (0.023)
candperd	-0.515*** (0.031)	-0.203 (0.012)
novoto	-0.310*** (0.035)	-0.123 (0.014)
fh2007	0.280*** (0.032)	0.111 (0.013)
interrup	0.156*** (0.059)	0.062 (0.023)
ultimael	-0.302*** (0.019)	-0.120 (0.007)
mpromedi	0.002*** (0.000)	0.001 (0.000)
Partido	-0.212*** (0.058)	-0.084 (0.023)
apartidario	0.175*** (0.062)	0.069 (0.024)
Instsist	0.085*** (0.006)	0.034 (0.002)
rotacion	0.114*** (0.019)	0.045 (0.007)
izquierda	0.007 (0.041)	
Derecha	0.002 (0.040)	
simpatia	0.189*** (0.029)	0.075 (0.011)
Mujer	-0.080*** (0.025)	-0.032 (0.010)
Edad	0.001 (0.001)	
Educ	-0.006 (0.003)	

-Errores estándar entre paréntesis

***, **, significativa al 99 y 95% respectivamente

- **Efecto de ser ganador o perdedor**

En primer lugar, al igual que para la otra dimensión de legitimidad, este modelo predice una asociación significativa entre ser ganador/perdedor y la satisfacción con el funcionamiento de la democracia. Más específicamente, se constata que *quienes votaron en blanco, votaron a un candidato perdedor o no votaron tienen percepciones más negativas sobre el funcionamiento de la democracia que los ganadores (H1)*. La probabilidad predicha por el modelo de que una persona responda que está satisfecha o muy satisfecha con el funcionamiento de la democracia (*satis=1*) disminuye en 22 puntos porcentuales si votó en blanco, 20 puntos si votó a un candidato perdedor y 12 puntos si no fue a votar. Por lo tanto, ser perdedor no sólo presenta una relación significativa con la satisfacción con el funcionamiento de la democracia sino que también esta relación es fuerte (efecto marginal de gran magnitud).

Tres cuestiones importantes a destacar: la hipótesis principal de Anderson et al. (2005) se confirma para la región para las dos dimensiones de legitimidad escogidas. En segundo lugar, los efectos marginales son mayores que para el acuerdo con la definición churchilliana de democracia. Esto es lógico ya que en la literatura se desarrolla ampliamente que el efecto de la coyuntura es mayor sobre las variables evaluativas (apoyo específico de Easton) que sobre las valorativas (apoyo difuso de Easton). En este caso el hecho de encontrarse del lado de los ganadores o de los perdedores es coyuntural, puede cambiar de una elección a otra.

En tercer lugar, se observa un cambio respecto al modelo anterior. Cuando se analizaba el efecto de ser perdedor sobre el apoyo a la democracia, y también cuando se realizó el análisis descriptivo, se señalaba que quienes votaron a un candidato perdedor eran quienes actuaban en menor medida como “perdedores”, es decir, de las tres categorías de perdedor, eran los que más legitimaban la democracia. En este modelo con la satisfacción con el funcionamiento de la democracia, quienes votaron a candidatos perdedores tienen percepciones casi tan negativas como quienes votaron en blanco, y son quienes no votaron los que presentan efectos marginales negativos más pequeños (aunque igual muy relevantes).

- **Efecto de las variables político-institucionales**

Al igual que sucedía en el modelo anterior, este modelo predice que *en democracias con bajos niveles de garantía de las libertades civiles y derechos políticos los ciudadanos le asignan mayor legitimidad a la democracia que en las democracias de “alto nivel” y los ciudadanos de democracias que sufrieron interrupciones les asignan mayor legitimidad que en democracias estables*, todo lo cual es contrario a lo que afirmaban las *H2 e H3*. El modelo predice una relación significativa entre menor nivel de democracia y mayor legitimidad, y entre existencia de interrupciones y mayor legitimidad. En cuanto a la magnitud del efecto, a medida que las democracias asumen valores que indican menores derechos políticos y civiles la probabilidad de que los individuos respondan que están satisfechos con la democracia (*satis=1*) aumenta 11 puntos porcentuales. Por su parte, en democracias que sufrieron interrupciones, la probabilidad de que los encuestados estén satisfechos aumenta en 6 puntos porcentuales.

Al constatar que las dos hipótesis no se confirman para ninguna de las dos dimensiones de legitimidad, se reafirma la necesidad de, en posteriores trabajos, revisar los argumentos que sustentan ambas hipótesis, así como modificar los modelos, como ya se señalaba, por ejemplo colocando variables interactivas, que den cuenta de los efectos de la relación cuando el nivel de democracia y la existencia de interrupciones se ven acompañadas por otras variables institucionales o por el hecho de ser ganador o perdedor⁵³.

En cuanto a la importancia de la rotación de partidos en el gobierno para la satisfacción con el funcionamiento de la democracia el modelo presenta resultados muy similares a los del anterior. *El modelo predice una asociación significativa y positiva entre número de rotaciones y satisfacción con el funcionamiento de la democracia (H4)*. Particularmente, a medida que aumenta el número de rotaciones de partidos en el gobierno, la probabilidad de que el individuo esté satisfecho con el funcionamiento de la democracia

⁵³ Se indagó también para esta dimensión acerca de si existía algún país que estuviera afectando la relación entre nivel de democracia y legitimidad. A través del análisis de la relación entre nivel de democracia y satisfacción con su funcionamiento, se identificó que Venezuela nuevamente es un caso bastante atípico, ya que presenta el menor nivel de democracia según Freedom House (4 puntos) mientras que tiene un porcentaje bastante elevado de ciudadanos que están satisfechos o muy satisfechos (65%) con su funcionamiento. Para chequear si el signo de la relación cambia, se estimó el modelo eliminando a los individuos de Venezuela, y el signo cambió. Por tanto, para la relación entre nivel de democracia y satisfacción con su funcionamiento, eliminando a los casos de Venezuela, el sentido es el esperado por la hipótesis. Sin embargo, la variable interrupción continúa con el mismo sentido, los ciudadanos de países que sufrieron interrupciones, están más satisfechos con la democracia que ciudadanos de democracias estables. Por tanto, es necesario en un futuro indagar más a fondo en los vínculos entre nivel y estabilidad de la democracia y legitimidad en sus varias dimensiones, ya que con estos datos no se puede arribar a conclusiones.

(*satis*=1) aumenta 5 puntos porcentuales. Por lo tanto, la ***H4 se confirma para ambas dimensiones de legitimidad***: individuos que viven en democracias donde gobierna usualmente el mismo partido las legitiman en menor la medida que el resto, por lo cual cabría reflexionar en torno de los efectos sobre la legitimidad de la incorporación de la reelección dentro del pack de reformas electorales de las últimas décadas en varios países de la región.

Con respecto al efecto de la institucionalización del sistema de partidos, ***se confirma la H5*** también para esta dimensión de legitimidad: ***en democracias con sistemas institucionalizados de partidos los ciudadanos están más satisfechos con el funcionamiento de la democracia que en democracias con sistemas poco institucionalizados***. El modelo predice una relación significativa y positiva entre las variables con un efecto marginal de 3 puntos porcentuales.

En cuanto al vínculo entre el tipo de gobierno y la satisfacción con la democracia, los resultados son diferentes a los del modelo anterior. En el modelo actual, la relación también es significativa y además tiene el signo esperado según la hipótesis. O sea, ***en países con gobierno de partido la probabilidad de que los ciudadanos estén satisfechos con la democracia es menor que para los gobiernos de coalición (H6)***. Particularmente, el hecho de residir en países con gobiernos de partido reduce la probabilidad predicha por el modelo de estar satisfechos con la democracia en 8 puntos porcentuales, con respecto a los individuos que viven bajo gobiernos de coalición. Visto desde el otro ángulo, tal como se esperaba, los países con gobiernos de coalición tienen ciudadanos más satisfechos con la democracia.

Aquí entonces aparece evidencia contradictoria entre los dos modelos, entre las dos dimensiones de legitimidad de democracia. Al parecer, los gobiernos de partido generan un mayor apoyo a la democracia como régimen que los otros tipos de gobierno, pero generan un menor nivel de satisfacción con su funcionamiento. Probablemente esta diferencia derive de que la satisfacción con el funcionamiento de la democracia representa la dimensión evaluativa de la legitimidad, está más afectada por la coyuntura. Será objeto de otro trabajo indagar qué otros factores pueden estar interactuando en esta relación.

Siguiendo con la interpretación de las variables político institucionales, a diferencia de lo que ocurría en el modelo anterior, la magnitud promedio de circunscripción (M) está asociada en forma significativa y positiva con la probabilidad de estar satisfecho con la democracia (*satis*=1). Por lo tanto, para esta segunda dimensión de legitimidad se confirma

la H7: **en países con alta proporcionalidad de su sistema electoral los ciudadanos tienden a estar satisfechos con el funcionamiento de la democracia.** Más específicamente, a medida que aumenta M la probabilidad de estar satisfecho con la democracia aumenta 0,1 puntos porcentuales. Por tanto, si bien las variables están asociadas, es una asociación muy débil, que permite afirmar que para ambas dimensiones de legitimidad el efecto de M es nulo o casi nulo.

- **Efecto de las actitudes políticas**

Al igual que en el modelo anterior, se confirma la hipótesis (**H8**) de que **los ciudadanos que sienten simpatía por algún partido político otorgan mayores niveles de legitimidad a la democracia que aquellos que no se sienten cercanos a ningún partido.** Particularmente, quienes simpatizan con algún partido tienen una probabilidad mayor (8 puntos porcentuales) de estar satisfechos con la democracia (*satis=1*) en relación a quienes no simpatizan por ninguno (*satis=0*).

En cuanto a la identificación ideológica de los entrevistados, en este modelo la relación no es significativa, ni para la izquierda ni para la derecha. En el modelo anterior la relación era significativa sólo para la izquierda aunque en el sentido contrario al de la hipótesis (**H9**).

Tomando en conjunto los dos modelos, parece ser que la ubicación ideológica de los entrevistados no es un factor fundamental para la explicación de la legitimidad. Como ya fue señalado en la interpretación del modelo anterior, el efecto de la ideología sobre la legitimidad merece un análisis teórico y empírico más profundo para poder estimar si realmente no hay vínculo o el vínculo puede ser estudiado de otro modo.

- **Variables sociodemográficas**

A diferencia del modelo anterior, en este modelo la única variable sociodemográfica que presenta una relación significativa con la variable dependiente es el sexo. Al igual que para el apoyo al concepto churchilliano de democracia, en este modelo, los hombres están más satisfechos con la democracia que las mujeres. Ser mujer disminuye la probabilidad de estar satisfecho con la democracia en 3 puntos porcentuales. Ni el nivel educativo ni la

edad presentan una asociación significativa con la satisfacción con el funcionamiento de la democracia.

Vale aquí también resaltar que a más años desde la realización de la última elección presidencial, menor es la probabilidad de apoyo a la democracia (12 puntos porcentuales). Por lo tanto, se confirmaría que con el paso del tiempo en el ciclo de gobierno los gobiernos sufren algún tipo de desgaste que lleva a los ciudadanos a legitimar menos la democracia en sus dos dimensiones (no sólo en la que está afectada por la coyuntura, como la satisfacción con el funcionamiento de la democracia).

3.4 Síntesis de hallazgos

- Se confirma la hipótesis de que votar en blanco/anulado, no ir a votar o votar a un candidato perdedor está asociado en forma negativa con el apoyo y satisfacción con el funcionamiento de la democracia, ambas dimensiones de legitimidad. Es en estas variables donde se observan los efectos marginales de mayor magnitud de los modelos.
- Se confirman las hipótesis de que en países con rotación de partidos en el gobierno y en países con sistemas de partidos institucionalizados la legitimidad de la democracia es mayor que en sistemas con baja o nula rotación y sistemas de partidos poco institucionalizados.
- Se confirma la hipótesis de que los individuos que sienten simpatía por algún partido legitiman en mayor medida la democracia que sus pares que no se sienten cercanos a ningún partido.
- Al contrario de lo afirmado en las hipótesis correspondientes, democracias de bajo nivel y democracias inestables poseen mayores niveles de legitimidad de la democracia que las más consolidadas de la región.

- La proporcionalidad del sistema electoral medida a través de la magnitud promedio de circunscripción parece no estar vinculada a la legitimidad de la democracia o el vínculo es muy débil.
- Se constata evidencia contradictoria entre los dos modelos respecto al efecto del tipo de gobierno lo cual no permite arribar a conclusiones sobre este vínculo.
- No parece existir vínculo entre autoidentificación ideológica y legitimidad de la democracia.

4. CONCLUSIONES

4.1. Síntesis del trabajo y futuras líneas de investigación

En este trabajo se procuró estudiar los determinantes de la legitimidad democrática en América del Sur, bajo la asunción de que la legitimidad es fundamental para la supervivencia de la democracia. En este sentido, conocer sus determinantes coadyuvaría a identificar las reformas político-institucionales que contribuirían a que los ciudadanos que se sienten de algún modo excluidos se sientan ahora incluidos en el sistema y, consecuentemente, lo legitimen.

Dentro de las diversas formas que explican la legitimidad del régimen democrático Anderson et al. (2005) estudiaron el fenómeno del consenso de los perdedores (*losers' consent*). Básicamente, luego de cada elección surgen ciudadanos ganadores y perdedores. Aquellos votantes que luego de las elecciones quedan ubicados del lado de los perdedores podrían tener incentivos para percibir la realidad política, y actuar frente a ella, en forma diferente que los que resultaron ganadores. En particular, los perdedores tendrían menos incentivos que los ganadores para apoyar un régimen en el que las principales instituciones están dirigidas por actores que no son de su preferencia.

Por otra parte, muchos de los estudios que han intentado explicar las variaciones en la legitimidad de los regímenes se han centrado en el estudio de los países industrializados, con democracias estables, mientras que los estudios centrados en América Latina, si bien han comenzado a desarrollarse, en muchas ocasiones no han dado cuenta de la singularidad de la región. América del Sur en particular se caracteriza por presentar un patrón cíclico de inestabilidad democrática. Por lo tanto, las naciones latinoamericanas merecían un foco de atención diferencial que implicase el testeo de las hipótesis que han sido contrastadas en países y regiones con otras características. Es posible pensar que estas singularidades regionales influirían en la relación entre *winner/losers* y legitimidad democrática.

Dado esto, se presentaron las siguientes preguntas: ¿Qué factores explican la variación en los niveles de legitimidad democrática entre los ciudadanos de América del Sur? ¿Hay diferencias en los niveles de apoyo al régimen democrático y su funcionamiento entre ciudadanos que votaron en la última elección presidencial a un candidato ganador y quienes no lo hicieron? ¿Qué efectos tiene ser perdedor sobre la legitimidad democrática?

¿Qué efecto tienen las variables político-institucionales en la legitimidad democrática? ¿Y las actitudes políticas? A partir de estas preguntas se formularon 9 hipótesis que fueron contrastadas a través de dos modelos correspondientes a dos variables dependientes que representan dos dimensiones de la legitimidad democrática. En primer lugar, un modelo probit ordenado para la variable dependiente de grado de acuerdo con la definición churchilliana de democracia (*churchill*). En segundo lugar, se estimó un modelo probit para la variable dependiente de satisfacción con el funcionamiento de la democracia (*satis*).

La principal hipótesis se confirma, quienes quedan en el lugar de “perdedores” luego de las elecciones legitiman en menor medida la democracia que los ganadores. Ya sea porque votan a un candidato perdedor, porque votan en blanco o anulado o porque directamente no asisten a votar, estos ciudadanos tienen percepciones más negativas que los que votan a ganador y el efecto es el mayor dentro del conjunto de variables independientes introducidas en los modelos.

Con respecto a las variables político-institucionales, se confirman algunas hipótesis y otras no. Se confirman las hipótesis de que en países con rotación de partidos en el gobierno y en países con sistemas de partidos institucionalizados la legitimidad de la democracia es mayor que en sistemas con baja o nula rotación y sistemas de partidos poco institucionalizados. Al contrario de lo afirmado en las hipótesis correspondientes, democracias de bajo nivel y democracias inestables poseen mayores niveles de legitimidad de la democracia que las democracias más consolidadas de la región. La proporcionalidad del sistema electoral medida a través de la magnitud promedio de circunscripción parece no estar vinculada a la legitimidad de la democracia o el vínculo es muy débil. Se constata evidencia contradictoria entre los dos modelos respecto al efecto del tipo de gobierno lo cual no permite arribar a conclusiones sobre este vínculo.

En cuanto a las variables actitudinales, se confirma la hipótesis de que los individuos que sienten simpatía por algún partido legitiman en mayor medida la democracia que sus pares que no se sienten cercanos a ningún partido. No parece existir vínculo entre autoidentificación ideológica y legitimidad de la democracia.

Quedan algunas cuestiones que sería interesante retomar o incorporar en futuros trabajos:

- La profundización del estudio de la relación entre nivel y estabilidad de la democracia y las variaciones en la legitimidad. La literatura señalaba que las democracias más consolidadas tienen ciudadanos más conformes y que apoyan más la democracia que las democracias inestables. Sin embargo, la evidencia de este trabajo va en el sentido contrario. Por esto sería relevante incorporar nuevas variables e interacciones entre las existentes, así como un análisis pormenorizado de los efectos de los países.
- Un estudio más profundo del efecto de la ideología sobre la legitimidad. Sería necesario revisar los argumentos teóricos y la operacionalización de la variable de autopercepción ideológica. Es interesante revisarlo tomando en cuenta el contexto, donde varios de los países de la región tienen gobiernos de izquierda y eventualmente podría haber un movimiento hacia gobiernos de derecha.
- También podría resultar productivo incorporar otros enfoques, como el económico. El enfoque económico afirma que el desempeño económico del país influye en las percepciones de los ciudadanos en general. Sería interesante incorporar variables como el PBI, la inflación, la pobreza, la desigualdad o el desempleo, como complemento a los modelos anteriores. Tal vez vivir en una sociedad donde prima la pobreza y la desigualdad sea un aporte más para que los individuos apoyen en menor medida la democracia y la evalúen negativamente.
- Otro enfoque interesante a incorporar en posteriores análisis es el de participación. Como la participación parece estar muy relacionada con la inclusión o no de ciudadanos, variables como los niveles de participación ciudadana en partidos políticos, en protestas, en organizaciones sociales, en la utilización de mecanismos de democracia directa y la propia participación electoral podrían afectar de modo diferencial pero tal vez importante, la variación en la legitimidad de la democracia.

- También podría resultar productivo incorporar un mayor número de variables de cultura política, actitudes políticas medidas a nivel individual en encuestas de opinión pública, como la confianza interpersonal, la valoración de las instituciones políticas y el interés por la política.
- Dentro del contexto político-institucional podrían incorporarse variables como la polarización ideológica y la fragmentación del sistema de partidos.
- En este sentido, el aporte fundamental para el análisis del efecto de las variables independientes sería la introducción de *términos interactivos*, es decir analizar el efecto de combinaciones de variables independientes que asumen determinado valor. Por ejemplo, sería interesante conocer específicamente cuál es el efecto de votar a un candidato perdedor cuando la democracia presenta un número importante de rotaciones de partidos en el gobierno. La inclusión de varias interacciones permitiría especificar mejor los efectos, que seguramente provengan de la combinación de variables.
- Un avance con respecto a esta investigación podría ser la reconceptualización de la legitimidad democrática. Como es desarrollado ampliamente en la literatura, pueden distinguirse múltiples dimensiones de legitimidad. En este trabajo se consideraron dos, pero podrían ser incorporadas otras para conocer los matices que pueden existir para explicar la variación.
- Por último, el análisis se enriquecería si se introdujeran más países, como los de América Central, así como si se incorporara una serie temporal, en lugar de analizar un solo año. Ampliando la dimensión temporal y el número de casos seguramente se fortalecería fuertemente el trabajo.

4.2. Implicancias de los hallazgos

4.2.1. Segmentos de perdedores

Desde el momento en que votan (o deciden no hacerlo) y opera el sistema electoral, los ciudadanos se convierten en ganadores o perdedores. Parece interesante distinguir los distintos tipos de perdedores porque es previsible que quienes votaron a un candidato perdedor no se comporten del mismo modo que quienes votaron en blanco o anulado o quienes no asistieron a votar. Esta previsión se confirma ya que en general quienes votan en blanco o anulado tienen peores percepciones que el resto. Votar a un candidato perdedor tiene un efecto menor en el apoyo al concepto churchilliano de la democracia. Por tanto, para la legitimidad en su dimensión más difusa y valorativa, los votantes que optan por un candidato que no resulta triunfador no parecen representar un peligro. Estos ciudadanos se encuentran “dentro del sistema”, asisten a votar y lo hacen por alguna de las opciones disponibles. Se convierten en “perdedores” pero son demócratas.

Sin embargo, son “demócratas insatisfechos” ya que en el segundo modelo de satisfacción con el funcionamiento de la democracia, la legitimidad medida en forma más específica y evaluativa, estos ciudadanos están dentro de los que tienen percepciones más negativas. Apoyan al régimen pero probablemente, como señalan Anderson et al. (2005), el hecho de no estar representados en el principal cargo de gobierno los lleva a estar insatisfechos con el modo en que funciona el mismo. Estos ciudadanos representarían un peligro para la democracia sólo si esta insatisfacción se tornase “crónica” ya que podría erosionar el apoyo al régimen. Para que esto no acontezca, hay algunas variables institucionales que podrían operar para atenuar el efecto de la pérdida. Particularmente, la existencia de rotación de partidos en el gobierno sería fundamental para que haya “rotación de ciudadanos insatisfechos”, sin erosionar de este modo el apoyo al régimen mismo.

Por su parte, los ciudadanos que no asisten a votar y quienes lo hacen en blanco o anulado representan un desafío mayor. Esto se debe a que por una parte, sería fundamental procurar que estos ciudadanos participen en las elecciones, que quienes no asistieron a votar lo hagan y que quienes votan en blanco y anulado se sientan representados por alguna de las opciones disponibles (o que se amplíe la oferta electoral) de modo que decidan votar por algún candidato, aunque luego resulten “perdedores”. De algún modo, a

largo plazo, la desafección política podría representar un peligro para la democracia⁵⁴. Para revertir esta situación, los resultados de este trabajo sugieren procurar sistemas de partidos más institucionalizados, o sea, partidos más organizados, con más arraigo en la sociedad y que se erijan como los principales actores de la democracia representativa. Estos son procesos a largo plazo que no se resuelven con una política específica pero que deben ser tomados en cuenta al momento de diseñar políticas que puedan ser más o menos inclusivas.

4.2.2. Fortalezas del enfoque combinado micro-macro

Notoriamente, el hallazgo fundamental de este trabajo es que, también para América del Sur con sus singularidades regionales, el resultado de las elecciones tiene un efecto de gran magnitud sobre las percepciones que los individuos tienen sobre la democracia, particularmente en su dimensión más valorativa y difusa. Esto ocurre no sólo en países desarrollados, con democracias más bien estables y consolidadas, o en países subdesarrollados con democracias inestables pero con otras características (como provenir de regímenes comunistas), sino que también se constata para nuestra región. Si bien la hipótesis principal puede considerarse obvia (los que pierden están menos satisfechos), es un enfoque nuevo que resulta interesante incorporar a la teoría acumulada que intenta explicar estos fenómenos.

No es obvio porque en la literatura está ampliamente desarrollada la idea de que variables como el apoyo a la democracia son muy estables y varían muy poco a lo largo del tiempo, por lo que no deberían verse influidas por factores de corto plazo como el resultado de una elección. Son valores adquiridos desde edades tempranas, en la socialización y no cambian fuertemente a lo largo de la vida de los individuos. Por esta razón fue incorporada “la creencia en la concepción churchilliana de democracia” como dimensión de legitimidad. Allí se testearía si el efecto de ser ganador o perdedor llega aún a los valores más “duros”, además de modificar las percepciones sobre cuestiones más específicas como el funcionamiento actual de la democracia.

⁵⁴ Ver por ejemplo: Norris (1999), Dalton (1999), Klingemann (1999), Pharr et al. (2000).

Asimismo, uno de los aportes que más importantes de esta investigación es combinar el efecto de variables medidas a nivel individual, como el ser ganador o perdedor y las actitudes políticas, con variables de contexto macro, a nivel país, que representan algunas características político-institucionales que aparecen en la literatura como más o menos inclusivas. Al combinar variables individuales con variables del contexto político-institucional (que generan incentivos y constreñimientos como por definición lo hace cualquier institución), y al confirmar que existen asociaciones significativas entre estas variables y las dimensiones de legitimidad (medidas a nivel individual), se realiza un aporte original al estudio de la legitimidad que supera la ya conocida oposición entre enfoques institucionalistas y culturalistas.

Por tanto, la variación en una variable medida a nivel de los individuos (la legitimidad de la democracia) dependería, al menos, de la combinación de otras variables de nivel individual, como el hecho de ser ganador o perdedor o algunas actitudes políticas, y también del contexto político institucional en el que viven estos ciudadanos. Es fundamental además, no olvidar que la variable explicativa fundamental del trabajo, ser ganador o perdedor es producto directo de una variable político institucional que acontece antes del hecho de convertirse en ganador o perdedor: la celebración de elecciones y la determinación a través del sistema electoral de quién accede al gobierno.

No basta con los enfoques de cultura política, ni basta con los enfoques institucionalistas para comprender las variaciones en los niveles de legitimidad, es necesario combinarlos. Las instituciones políticas y el contexto, como el nivel de democracia, la estabilidad de la democracia, la institucionalización del sistema de partidos, la existencia de rotación, así como el tipo de gobierno influyen en las percepciones de los ciudadanos, moldean sus percepciones.

Por lo tanto, un hallazgo fundamental, que ya lo confirmaban Anderson et al. (2005) para otras regiones, es que el impacto negativo de perder (y el impacto positivo de ganar) está condicionado: algunos perdedores en algunos contextos traducen su pérdida en opiniones significativamente más negativas que otros. Esto depende del contexto político institucional del país y de algunas actitudes individuales de los propios votantes.

Este enfoque es innovador y tiene implicancias fuertes sobre la democracia misma. Si se asume que lo que los individuos piensen sobre la democracia afecta la *performance* y

permanencia de la democracia misma⁵⁵, el hecho de que los perdedores tengan percepciones más negativas indica un desafío para las democracias.

¿Qué desafío? Un desafío de inclusión. El desafío es diseñar instituciones inclusivas como las que este trabajo evidencia que fomentan mayores niveles de legitimidad democrática y así lograr el tan ansiado “consenso de los perdedores”. Más específicamente, el análisis de Anderson et al. (2005) sugiere que las minorías estarán probablemente más satisfechas con el modo en que funciona la democracia, más allá de su status de minoría, si hay mecanismos que les provean justicia procedimental en el proceso democrático y oportunidades para tener una entrada en las decisiones tomadas por el gobierno (2005:189). Reformas institucionales que vayan hacia sistemas más consensuales en el sentido de Lijphart, llevarán en este argumento a incrementar la satisfacción de los ciudadanos con la democracia y de esta manera asegurar la viabilidad de los sistemas democráticos en el largo plazo. (2005:189). El desafío para los *policy makers* de la región radica en tener instituciones que creen perdedores sin producir perdedores permanentes, y que permitan a los actuales perdedores alguna chance razonable de ganar en futuros períodos. De este modo se fortalecerían los regímenes, mejoraría la calidad, cuestiones que parecen ser los principales problemas de las democracias latinoamericanas en la actualidad.

⁵⁵ Ver por ejemplo: Norris (1999), Anderson y Tverdova (2001), Booth y Seligson (2009).

BIBLIOGRAFÍA

Almond, Gabriel y Verba, Sydney (1963): *The civic culture*. Princeton. Princeton University Press.

(2000): “La cultura política” en Batlle, Albert (ed): *Diez textos básicos de Ciencia Política*. Ed. Ariel. Barcelona.

Anderson, Christopher y Guillory, Christine (1997): “Political institutions and satisfaction with democracy” en *American Political Science Review* 91 (1).

Anderson, Christopher y Tverdova, Yuliya (2001): “Winners, Losers, and Attitudes about Government in Contemporary Democracies” en *International Political Science Review* Vol. 22 (4). Sage Publications.

Anderson, C., Blais, A., Bowler, S., Donovan, T. y Listhaug, O. (2005): *Losers' consent: elections and democratic legitimacy*, Oxford University Press, Nueva York.

Boidi, María Fernanda y Queirolo, Rosario (2009): *La cultura política de la democracia en Uruguay. Informe del Barómetro de las Américas 2008*. LAPOP

Booth, John A. y Seligson Mitchell A. (2009): *The Legitimacy Puzzle in Latin America. Political Support and Democracy in Eight Nations*. Cambridge University Press. Nueva York.

Bowler, Shaun y Donovan, Todd (2002): “Democracy, Institutions and Attitudes about Citizens Influence in Government” en *British Journal of Political Science* 32. Pp. 371-390. Cambridge University Press. Reino Unido.

(2007): “Reasoning about institutional change: winners, losers and support for electoral reforms” en *British Journal of Political Science* 37. Cambridge University Press.

Carlin, Ryan y Singer, Matthew (2009): *Support for Poliarchy in the Americas*. Paper presentado en Congreso de LASA 2009. Disponible en: <http://lasa.international.pitt.edu/members/congress-papers/lasa2009/files/CarlinRyan.pdf>

Chasquetti, Daniel (2001): “Democracia, multipartidismo y coaliciones en América Latina: evaluando la difícil combinación” en Lanzaro, Jorge (comp.): *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas*. CLACSO.

(2008): *Democracia, presidencialismo y partidos políticos en América Latina: evaluando la 'difícil combinación'*. Ediciones Cauce. Montevideo.

Dahl, Robert .1989 (1971): *La poliarquía*. Madrid. Tecnos.

Dalton, Russell J. (1999): "Political support in advanced industrial democracies" en Norris, Pippa (ed): *Critical citizens. Global support for democratic governance*. Oxford University Press. Nueva York. Pp. 57-77.

(2004): *Democratic Challenges, Democratic Choices: The Erosion of Political Support in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press.

Diamond, Larry (1992): "Reconsideración del nexo entre desarrollo económico y democracia." Publicado originalmente como "Economic development and Democracy reconsidered" en *American Behavioral Scientist*, Vol. 35, N° 4/5.

(2000): "El final de la tercera ola y el futuro global de la democracia" en López, Ernesto y Mainwaring, Scott (comp.): *Democracia: discusiones y nuevas aproximaciones*. Buenos Aires. Univ. Nacional de Quilmes Ediciones.

Easton, David (1953): *The Political System: An Inquiry into the State of Political Science*, New York. Alfred Knopf.

González, Luis Eduardo (2008): *Political crises and democracy in Latin America since the end of the Cold War*. Working Paper 353. Disponible en: <http://kellogg.nd.edu/publications/workingpapers/WPS/353.pdf>

Hagopian, Frances y Mainwaring, Scott (ed.) (2005): *The Third Wave of Democratization in Latin America. Advances and setbacks*. Cambridge University Press. EEUU.

Huntington, Samuel (1995): *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Paidós. Buenos Aires.

Inglehart, Ronald (1988): "The renaissance of Political Culture" en *The American Political Science Review*, Vol. 82, Issue 4.

(1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. CIS. Madrid.

Inglehart, Ronald y Welzel, Christian (2006): *Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano*. CIS. Madrid.

Karp, Jeffrey y Banducci, Susan (2003): "To know it is to love it? Satisfaction with democracy in the European Union" en *Comparative Political Studies* 36.

Klingemann, Hans-Dieter (1999): "Mapping political support in the 1990s: a global analysis" en Norris, Pippa (ed): *Critical citizens. Global support for democratic governance*. Oxford University Press. Nueva York. Pp. 31-56.

Laasko, Markku y Taagepera, Rein (1979): "Effective Number of Parties: A Measure with Application to West Europe", en *Comparative Political Studies*. Vol. 12, N° 1, Abril.

Lijphart, Arend (1987): *Las democracias contemporáneas*. Barcelona. Ed. Ariel.

Linz, Juan J. (1990): "Democracia, presidencialismo o parlamentarismo ¿Hace alguna diferencia?" en Linz, Lijphart, Valenzuela y Godoy: *Hacia una democracia moderna*. Ed. Universidad de Chile. Santiago.

Lipset, Seymour Martin (1959): *El Hombre político*. Editorial Tecnos.
(2000): "Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política" en Batlle, Albert (ed): *Diez textos básicos de Ciencia Política*. Ed. Ariel. Barcelona.

Mainwaring, Scott (1993): "Presidencialismo, multipartidismo y democracia: la difícil combinación" en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época). N° 88. Centro de Estudios Constitucionales. Madrid.

Mainwaring, Scott y Timothy Scully. 1997 (1995). "Sistema de Partidos en América Latina", en Mainwaring, Scott y Timothy Scully (comp.) *La Construcción de Instituciones Democráticas*. CIEPLAN. Santiago de Chile

Mainwaring, Scott y Pérez Liñán, Aníbal (2009): "¿Por qué son importantes las regiones? Especificidades regionales y difusión de la democracia a escala regional" en *Revista SAAP, Vol. 3, No. 3* Págs. 523-566.

Miller, Arthur y Listhaug, Ola (1999): "Political Performance and Institutional Trust" en Norris, Pippa (ed): *Critical citizens. Global support for democratic governance*. Oxford University Press. Nueva York. Pp. 204-216.

Mishler, William y Rose, Richard (2001): "Political Support for Incomplete Democracies: Realist vs. Idealist Theories and Measures Source" en *International Political Science Review Vol. 22* (4). Sage publications.

Morlino, Leonardo (2008): "Las calidades de las democracias contemporáneas". Paper presentado en *VII Encuentro de Salamanca. La Calidad de la democracia*. Salamanca, España.

Muller, Edward y Seligson, Mitchell (1994): "Civic Culture and Democracy: The Question of Causal Relationships" en *The American Political Science Review*, Volume 88, Issue 3. Pp. 635-652

Norris, Pippa (1999): *Critical citizens. Global support for democratic governance*. Oxford University Press. Nueva York. Pp. 1-30 y pp. 217-235.

O'Donnell, G. (1992): "¿Democracia delegativa?" en *Cuadernos del CLAEH, N° 61*, Montevideo.

Payne, J. Mark, Zovatto, Daniel y Mateo Díaz, Mercedes (2006): *La Política Importa*. BID-IIDAE.

Pérez Liñán, Aníbal (2009): *Juicio político al presidente y nueva inestabilidad política en América Latina*. FCE. México.

Pharr, Susan, Putnam, Robert y Dalton, Russell (2000): “Trouble in advanced democracies? A quarter-century of declining confidence” en *Journal of Democracy*, Vol. 11, No 2.

PNUD (2004): *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*. Alfaguara. Buenos Aires.

Power, Timothy y Cyr, Jennifer (2008): “Legitimacy in Latin America: an empirical approximation circa 2005”. Borrador preliminar. Inédito.

Przeworski, Adam (1998): “Cultura y democracia” en *Informe Mundial de Cultura*. Paris. UNESCO

Putnam, Robert (1993): *Making democracy work: civic traditions in modern Italy*. Princeton. Princeton University Press.

Rae, Douglas (1967): *The political consequences of electoral laws*. Yale University Press. New Heaven

Rossel, Cecilia (2002): “‘Tipos democráticos’ y opinión pública en Uruguay” en *Revista Uruguaya de Ciencia Política*. N° 13. EBO. ICP. Montevideo.

Sartori, Giovanni (1994): *Ingeniería constitucional comparada*. FCE. México.

Shugart, Matthew S. y Carey, John (1992): *Presidents and Assemblies*. Cambridge: Cambridge University Press..

PÁGINAS WEB CONSULTADAS

Freedom House: www.freedomhouse.org

ANEXO METODOLÓGICO

Datos utilizados y ponderador:

- Se utilizan datos de LAPOP 2008, ficha técnica y cuestionarios disponibles en www.vanderbilt.edu/lapop/
- Base de datos ponderada: ponderador *weight15*, le asigna a todos los países la misma cantidad de casos (1500) con el objetivo de corregir la sobrerrepresentación de Ecuador y Bolivia (3000 casos cada uno).

Descripción de variables del estudio:

Se presenta la descripción y distribución de las variables dependientes e independientes, utilizadas en los modelos, sin aplicar el ponderador. Las respuestas no sabe/no responde son consideradas como valores perdidos.

1. Variables dependientes

Variables dependientes	Obs	Min	Max
<i>churchill</i>	16803	1	7
<i>satis</i>	16880	0	1

Distribución de la variable *churchill*

churchill	Freq.	Percent
1	544	3.24
2	605	3.6
3	1,276	7.59
4	2,335	13.9
5	2,886	17.18
6	3,526	20.98
7	5,631	33.51
Total	16,803	100

Fuente: LAPOP 2008

Distribución de la variable *satis*

satis	Freq.	Percent
0	7,820	46.33
1	9,060	53.67
Total	16,880	100

Fuente: LAPOP 2008

2. Variables independientes

Variables independientes	Obs	Min	Max
<i>blanco</i>	15527	0	1
<i>candperd</i>	15527	0	1
<i>novoto</i>	15527	0	1
<i>fh2007</i>	17682	1	4
<i>interrup</i>	17682	0	1
<i>ultimael</i>	17682	1	5
<i>mpromedi</i>	17682	2	120
<i>partido</i>	17682	0	1
<i>apartidario</i>	17682	0	1
<i>instsist</i>	17682	53	76
<i>rotacion</i>	17682	0	3
<i>izquierda</i>	13948	0	1
<i>derecha</i>	13948	0	1
<i>simpatia</i>	17682	0	1
<i>mujer</i>	17682	0	1
<i>edad</i>	17642	18	94
<i>educ</i>	17580	0	18

Distribución de la variable *blanco*

blanco	Freq.	Percent
0	14,758	95.05
1	769	4.95
Total	15,527	100

Fuente: LAPOP 2008

Distribución de la variable *candperd*

candperd	Freq.	Percent
0	11,550	74.39
1	3,977	25.61
Total	15,527	100

Distribución de la variable *novoto*

novoto	Freq.	Percent
0	12,014	77.37
1	3,513	22.63
Total	15,527	100

Fuente: LAPOP 2008

Distribución de la variable *fh2007*

fh2007	Freq.	Percent
1	3,027	17.12
2	2,983	16.87
2.5	1,500	8.48
3	8,672	49.04
4	1,500	8.48
Total	17,682	100

Fuente: Freedom House (www.freedomhouse.org)

Distribución de la variable *interrup*

interrup	Freq.	Percent
0	4,530	25.62
1	13,152	74.38
Total	17,682	100

Fuente: Chasquetti (2008)

Distribución de la variable *ultimael*

ultimael	Freq.	Percent
1	1,486	8.4
2	10,527	59.54
3	3,003	16.98
4	1,500	8.48
5	1,166	6.59
Total	17,682	100

Fuente: Elaboración propia

Distribución de la variable *mpromedi*

mpromedi	Freq.	Percent
2	1,527	8.64
4.4	1,166	6.59
4.9	1,503	8.5
5.4	1,486	8.4
5.5	3,000	16.97
6.1	1,500	8.48
14.4	3,003	16.98
19	1,497	8.47
99	1,500	8.48
120	1,500	8.48
Total	17,682	100

Fuente: Payne et al. (2006)

Distribución de la variable *partido*

partido	Freq.	Percent
0	7,527	42.57
1	10,155	57.43
Total	17,682	100

Fuente: Chasquetti (2008)

Distribución de la variable *apartidario*

apartidario	Freq.	Percent
0	14,682	83.03
1	3,000	16.97
Total	17,682	100

Fuente: Chasquetti (2008)

Distribución de la variable *instsist*

instsist	Freq.	Percent
53	4,500	25.45
55	1,500	8.48
56	3,003	16.98
59	1,497	8.47
60	1,503	8.5
62	1,486	8.4
64	1,166	6.59
65	1,527	8.64
76	1,500	8.48
Total	17,682	100

Fuente: Payne et al. (2006)

Distribución de la variable *rotacion*

rotacion	Freq.	Percent
0	2,693	15.23
1	2,997	16.95
2	4,489	25.39
3	7,503	42.43
Total	17,682	100

Fuente: Elaboración propia

Distribución de la variable *izquierda*

izquierda	Freq.	Percent
0	12,484	89.5
1	1,464	10.5
Total	13,948	100

Fuente: LAPOP 2008

Distribución de la variable *derecha*

derecha	Freq.	Percent
0	12,436	89.16
1	1,512	10.84
Total	13,948	100

Fuente: LAPOP 2008

Distribución de la variable *simpatia*

simpatia	Freq.	Percent
0	12,657	71.58
1	5,025	28.42
Total	17,682	100

Fuente: LAPOP 2008

Distribución de la variable *mujer*

mujer	Freq.	Percent
0	8,514	48.15
1	9,168	51.85
Total	17,682	100

Fuente: LAPOP 2008

Distribución de la variable *edad*

edad	Freq.	Percent
18	679	3.85
19	545	3.09
20	544	3.08
21	474	2.69
22	493	2.79
23	513	2.91
24	558	3.16
25	581	3.29
26	440	2.49
27	484	2.74
28	444	2.52
29	430	2.44
30	506	2.87
31	339	1.92
32	378	2.14
33	383	2.17
34	347	1.97
35	458	2.6
36	327	1.85
37	359	2.03
38	360	2.04
39	326	1.85

40	457	2.59
41	218	1.24
42	402	2.28
43	318	1.8
44	230	1.3
45	388	2.2
46	272	1.54
47	298	1.69
48	296	1.68
49	276	1.56
50	353	2
51	182	1.03
52	229	1.3
53	230	1.3
54	242	1.37
55	242	1.37
56	214	1.21
57	204	1.16
58	174	0.99
59	153	0.87
60	209	1.18
61	125	0.71
62	155	0.88
63	167	0.95
64	166	0.94
65	186	1.05
66	119	0.67
67	148	0.84
68	133	0.75
69	83	0.47
70	145	0.82
71	66	0.37
72	72	0.41
73	57	0.32
74	57	0.32
75	63	0.36
76	53	0.3
77	45	0.26
78	44	0.25
79	31	0.18
80	38	0.22
81	21	0.12
82	24	0.14
83	14	0.08
84	21	0.12
85	15	0.09
86	12	0.07
87	7	0.04
88	5	0.03
89	3	0.02
90	7	0.04

91	2	0.01
92	1	0.01
93	1	0.01
94	1	0.01
Total	17,642	100

Fuente: LAPOP 2008

Distribución de la variable *educ*

educ	Freq.	Percent
0	345	1.96
1	248	1.41
2	428	2.43
3	613	3.49
4	657	3.74
5	886	5.04
6	1,905	10.84
7	658	3.74
8	866	4.93
9	1,139	6.48
10	945	5.38
11	2,288	13.01
12	2,610	14.85
13	582	3.31
14	798	4.54
15	683	3.89
16	851	4.84
17	580	3.3
18	498	2.83
Total	17,580	100

Fuente: LAPOP 2008